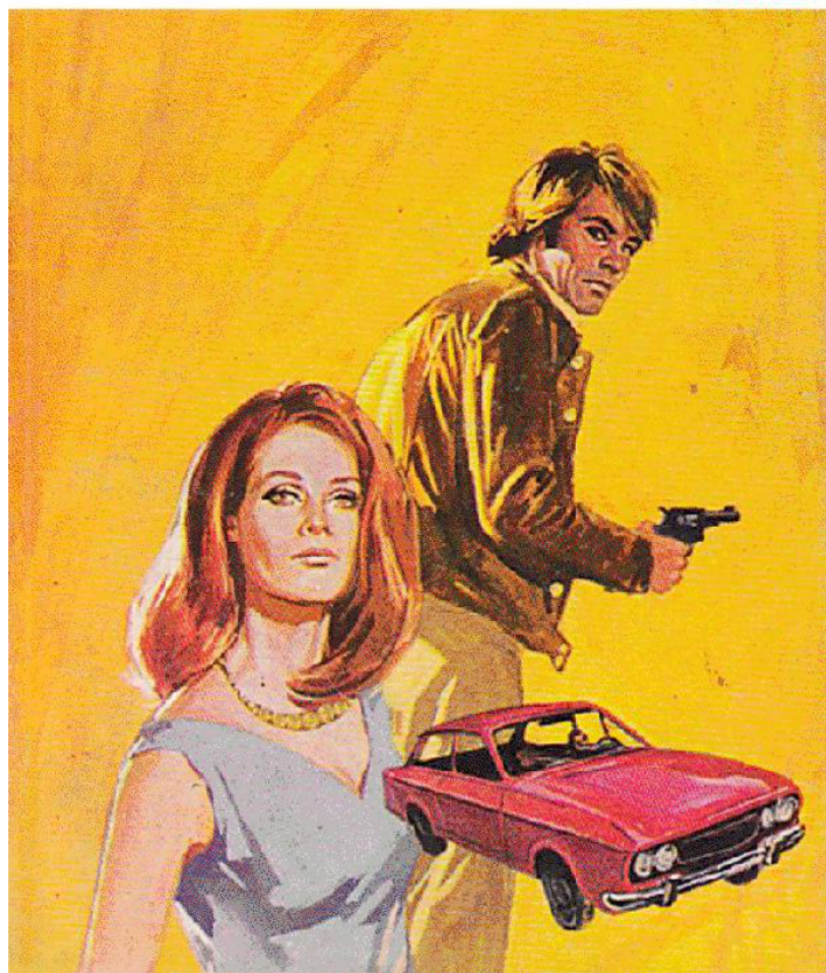


no valia la pena

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

KELLTOM McINTIRE

**NO VALIA
LA PENA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 707
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.358 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1975

© Kellton McIntire - 1975

texto

© Jorge Sempere - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

698 — Desafío a Cameron.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.311 — Círculo de tinieblas.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

909 — Trampa para tres granujas.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque.

CAPÍTULO PRIMERO

El *party*, la fiesta, se estaba celebrando en los inmensos salones de alquiler de la Publishers Radial Co., planta vigésimo octava del edificio Crookan.

—Es sólo una convención de agentes publicitarios —había explicado a la entrada, con su habitual sonrisa bonachona, Chris Hender, secretario de Robert Parini, el millonario.

Tampoco los reporteros de tercera clase que habían asistido al *party* tenían mucho interés en la fiesta, ni en las declaraciones de Hender, Parini o Ralph Crookan, el propietario del Crookan Building, que también asistía a la «convención» acompañado de una esplendorosa y jovencísima rubia.

A las diez, la planta de ascensores comenzó a vomitar su humana carga en el gran vestíbulo de la planta vigésimo octava. Un verdadero vergel, una sinfonía de aromas vegetales, de luces indirectas, verdosas, y de oxígeno limpio y acondicionado.

Hubo un cóctel, en el gran *buffet* instalado en una de las enormes salas de una hectárea de superficie.

El ambiente era cordial, alegre, muy agradable.

Cierto que entre los miembros de la convención y las señoras que asistirían después a la fiesta, se mezclaban algunos individuos muy corpulentos y altos, que rellenaban con excesiva contundencia los blancos esmóquines. Pero...

Poco después, 10,15 de la noche, Chris Hender requirió la atención de todos los reunidos y anunció:

—Señoras, señores: las damas serán atendidas en el *buffet* y en los salones durante la media hora, aproximadamente, que durará la convención. Hay una selecta orquesta, una excelente pista de baile y un salón de conferencias aparte porque... hemos tenido en cuenta que estamos en el Año Internacional de la Mujer. Señoras,

distráiganse, hablen, comenten y... critiquen... Nadie, ninguno de nosotros, se lo tendrá en cuenta. ¡Diviértanse!

Hubo muchos aplausos.

Chris Hender tenía la sonrisa comunicativa de Tony Curtis y los ademanes sosegados y ampulosos de Orson Welles. Gustaba a las mujeres, sabía entretenerlas y complacerlas como nadie.

Entretanto, una veintena de caballeros abandonaron el *buffet* discretamente y desaparecieron a través de una amplia puerta de nogal, guardada por dos jóvenes muy fornidos y hieráticos.

Una jovencita, Pipy Warner, trató de penetrar allí, en pos de Arnie Berenson, su *partenaire* senil.

—¡Arnie, Arnie...! —A *miss* Warner le salía una voz patéticamente chillona, cuando se sentía preocupada—. ¡Tus píldoras! Debes tomarlas cada... ¡Por favor, por favor, debo decirle a Arnie...!

Los dos jóvenes que guardaban la puerta sonrieron con mueca de caimán, obsequiosos. Pero *miss* Warner gritó en vano e incluso sus pies perdieron contacto con el suelo cuando los dos «gorilas» la tomaron cada uno por un brazo.

—Descuide, descuide, *miss* Warner —dijo uno de los dos jóvenes, en tono paternal—. Uno de los camareros se cuidará de que el señor Berenson tome sus píldoras cada media hora. ¿No era eso lo que le inquietaba?

Pipy se fue. ¿Iba a desperdiciar la ocasión de lucir sus brillantes?

Detrás de la puerta de nogal, había un largo y espacioso pasillo.

También en el pasillo estaban apostados dos jóvenes fornidos y elegantes, que consultaron la hora, comprobaron el bulto metálico de sus pistolas bajo el estilizado esmoquin blanco, y se dispusieron a esperar.

Al fondo del pasillo había otra puerta. Y detrás de ella, un gran salón de reuniones.

Crookan ganaba mucho dinero alquilando aquellos salones de la planta vigésimo octava a consejos de administración de empresas, convenciones, simposios...

Pero nunca había rodeado de tales precauciones la «convención» de la Publishers Radial Co.

Había situado vigilantes a sueldo —todos fornidos, resueltos y

armados— en la planta de ascensores, en el pasillo, en el vestíbulo y... sobre todo, en los accesos a la colosal sala de juntas, donde ahora se reunían veintiún hombres.

Dieciséis «gorilas» en total, dieciséis hombres, que sabían muy bien su trabajo, bien pagado hora a hora.

Chris, personalmente, inspeccionó la sala y esperó para sentarse a que todos los miembros de la convención se hubieran acomodado.

Sobre la larguísima mesa de juntas no había botellas de licores ni vajilla, ni siquiera una de las habituales *fuentes de soda helada*.

Al fin, Robert Parini se alzó, al ver que Hender tomaba asiento.

—Chris —dijo, con voz grave y profunda, Parini—, ¿podemos hablar libremente?

—Así es —respondió el interpelado. Y no sonreía—. Mis hombres han sometido esta sala a un registro minucioso. Nada de micrófonos escondidos ni otros artilugios de espionaje. Los muros están perfectamente insonorizados por gruesas capas de material aislante, lo mismo que el techo y el piso. Mis empleados vigilan todos los accesos. Nadie podrá penetrar aquí sin tu autorización. Ni siquiera la... policía.

Parini asintió levemente.

Confiaba mucho en Hender, a quien le unían recuerdos y... negocios de gran envergadura.

—Bien, amigos —los inquisitivos ojos dorados de Parini recorrían a la asamblea—; esto no es un *party*, ni tampoco una vulgar convención de editores y empresarios de publicidad, aunque así lo parezca. Cuántos nos encontramos ahora aquí, estamos unidos estrechamente por juramentos, afinidades y negocios. Vosotros me elegisteis a mí para dirigir y administrar vuestros intereses y, en virtud de ello, he organizado el más lucrativo, seguro, amplio y trascendental de nuestros negocios.

Parini dejó su sempiterno habano sobre el cenicero. Tenía cincuenta años y el humo del tabaco le ahogaba, a veces.

—Todos debéis, tenéis derecho a ser informados. Una balsa de unos cincuenta metros de eslora, dirigida por *el* científico Alex Grimmon, acaba de atracar en Atlantic City. Para Grimmon, que partió con otros hombres y mujeres del puerto marroquí de Agadir, hace cincuenta y dos días, significa toda una proeza. Dieciocho personas sobre una frágil embarcación a base de cañas entramadas,

han desafiado al Atlántico y han tocado tierras de América. Pero, por favor, Chris, ¿quieres conectar el televisor?

Una enorme pantalla de televisión se iluminó al fondo. Las veintiuna personas pudieron contemplar la escena que tomaban las cámaras de la ABC directamente desde el puerto de embarcaciones deportivas en Atlantic City.

Un hombre barbudo y moreno, rodeado por centenares de curiosos, respondía de forma ininteligible a las incesantes preguntas de los reporteros.

Al fondo, junto a la dársena, podía verse la balsa *Great Adventure*, la débil embarcación que había surcado el Atlántico en aquella aventura tachada de suicida y estúpida por los medios informativos.

—Basta —dijo Parini. Y Chris Hender se apresuró a desconectar el televisor—. No perdamos el tiempo. La *Great Adventure* ha culminado su travesía, y Grimmon se convertirá en un personaje célebre...

Andy
O'Cannon
comenzó a impacientarse.

Entendámoslo:
O'Cannon
acababa de casarse.
O'Cannon
tenía cincuenta y ocho años, su fragante esposa... sólo dieciocho.
Silvya

O'Cannon
era un primor, y Andy
O'Cannon
era celoso. Sabiendo que Silvya se encontraba sola en el *buffet*...

—Concretemos, Bob —dijo, elevándose de su asiento de un brinco—. ¿Nos interesa la *Great Adventure* o sólo tratas de largar una de tus acostumbradas conferencias?

Hubo unas risitas ahogadas. Ahogadas, sobre todo, por la fulminante mirada que Parini lanzó sobre el atolondrado Andy
O'Cannon.

—Cierra tu boca, estúpido —bramó Parini, olvidando

repentinamente su tono comedido y educado del principio—. Se trata de que ganes diez millones de dólares limpios en poco más de tres meses.

El rumor de los comentarios y las disimuladas risas se congelaron.

—¿Diez... millones de... dólares... netos..., has dicho? —preguntó Andy, que se volvía tartamudo cuando algo le emocionaba especialmente.

Pero Parini no volvió a mirarle.

—Amigos, volvamos a lo que importa: la trabazón de las cañas que sustentan la balsa *Great Adventure* está muy deteriorada. El agua ha humedecido, podrido y deteriorado su frágil almacén..., afortunadamente cuando acaba de tocar puerto. ¡Chris...!

Hender pulsó un botón, y la gran pantalla de televisión volvió a iluminarse.

—¡La..., la balsa! —gritó Andy

O'Cannon, señalando la pantalla con un dedo tembloroso—. ¡Está... hundiéndose!

—Exactamente —pronunció Robert Parini, que había recuperado toda su sangre fría tras la inoportuna intromisión—. La *Great Adventure* está hundiéndose. Quedará entre dos aguas, en el fondo de la dársena. Y con la *Great Adventure*, su cargamento de veinte millones de dólares en heroína refinada...

CAPÍTULO II

Era una mañana desapacible y fría.

El viento huracanado soplaba a ráfagas heladas desde el Pacífico, y las finísimas gotas de lluvia golpeaban el rostro de Hugh Taylor, en su trayecto desde el coche-patrulla hasta el imponente vestíbulo del edificio Crookan.

Mostró, de forma fugaz, su credencial policial a un portero, cruzó el vestíbulo pavimentado en mármol y tomó uno de los ascensores.

Treinta segundos después, penetraba en un apartamento de la planta sexta.

Taylor vislumbró algunos perfectos pares de piernas femeninas, y apartó sin rudeza al policía de uniforme que entorpecía su visión.

Y tragó saliva.

En el vestíbulo había seis mujeres. Seis bellas muchachas, que lucían una gama inimaginable de *negligéés*, saltos de cama de gasa, miniprendas de vestir sutiles, vaporosas y...

—Soy el teniente Taylor —dijo mecánicamente, sin apartar sus ojos del más desarrollado busto femenino al alcance de su vista.

Un coro de tenues suspiros le respondió:

—¡Pobre...!

—¡Era tan... varonil!

—Nunca le olvidaré, Margie... ¡Pensar que una velada tan maravillosa terminara así...!

—¡Inolvidable!

—¡Sublime!

Una morena fascinante hinchó sus dilatados senos en una profunda inspiración.

—Era un... macho —exclamó, ferviente—. Sí, lo era.

Taylor respiró hondo, y cruzó el pasillo a través de aquella grey femenina en prendas de cama.

En un gran dormitorio, se encontraba Grimmon.

Alex Grimmon, el héroe, el capitán de la *Great Adventure*, el hombre esforzado que había conducido la frágil balsa a través de miles de millas de un pavoroso Atlántico.

—Soy Taylor —volvió a anunciar el policía, inclinándose junto al hombre que tapaba el cuerpo de Grimmon sobre el lecho.

—Ah, Taylor —dijo el hombre con un suspiro—. Celebro que esté aquí. Soy Stacy Gaycout, licenciado en Medicina. Las señoritas... Bueno, ellas forman parte del *ballet* Temptation, del Californian Teather... Me llamaron. Al comprobar que este hombre había muerto de un colapso, comprendí que debía llamar a la policía.

—¿Está... muerto? —dijo el joven teniente Taylor, señalando el bulto que se adivinaba bajo una colcha rosada.

El doctor Gaycout era gordo, pequeño y usaba gafas. Pero ello no era obstáculo para que sus sueños se vieran poblados por visiones fantásticas, en las que abundaban las chicas como las del *ballet* Temptation, que ahora se apiñaban, entre curiosas y desoladas, a la puerta del dormitorio.

—Murió como un héroe —respondió Gaycout, mientras limpiaba las lentes de sus gafas con un pañuelo—. Colapso por... exceso de... actividad..., jejem!, erótica.

Taylor dirigió una rápida mirada a las chicas. Sus ojos volvieron con la misma vivacidad al muerto y al miope doctor Gaycout.

—Está seguro, supongo —comentó, distraído.

—Absolutamente —respondió el pequeño Gaycout—. Espero que no tarde en comparecer el médico forense... Compréndalo, teniente, no me siento muy seguro con esas chicas aquí... tan cerca, ¿comprende?

Taylor pidió bruscamente un teléfono. Gaycout le señaló el pasillo, y el policía tuvo que salir a través de la barrera femenina que taponaba la puerta del dormitorio.

Y cuando estuvo en el pasillo, se sentía enormemente nervioso y excitado.

No llegó a utilizar el teléfono. Por la sencilla razón de que el comisario Hereford y el doctor Thercout penetraron en aquel instante en el apartamento.

Hacia las seis, el cadáver de Alex Grimmon fue sacado del

edificio Crookan. Las chicas, algo más vestidas que arriba, descendieron en los ascensores hasta la calle, y despidieron al héroe muerto agitando sus pañuelos desde la acera.

Y repetían palabras como *sublime*, *colosal*, *inolvidable* y, bajando un poco la voz, incluso expresiones como «¡macho!». Naturalmente, la que pronunció la última exclamación era la morena de ojos ardientes y estimable perímetro torácico.

Taylor, que estaba contemplándolas como ausente, escuchó el vozarrón del comisario Hereford, y se apresuró a subir al coche.

—¡Incomprensible! —Logró articular Taylor, cuando el coche se hubo alejado unos centenares de metros del Crookan Building.

—Pero cierto —respondió Hereford, con tono lúgubre—. Según sabemos, Alex Grimmon desapareció del puerto y vino a ver a su prima, Magnolia Johnson, una de las chicas del *ballet* Temptation... Después... Bien —carraspeó discretamente—. Por ahora, sólo sabemos que Grimmon no recibió ningún daño en el apartamento que ocupan esas chicas... Todas, ¡ejem!, le trataron cariñosamente... ¡ejem!

Estaba a punto de decir «*verdaderamente, Grimmon murió como un héroe*». Pero calló al advertir que el teniente Taylor le contemplaba fijamente con una expresión ciertamente inquisitiva.

Las manos de

Su-Ling

acariciaban suavemente la ancha espalda, un tanto deformada por los anillos de grasa, al descender a la cintura.

A Parini le encantaba

Su-Ling.

¡Era tan suave, tan hábil, tan inteligente y habilidosa en su trabajo...!

Su-Ling era preciosa. Delgada, cimbreña, flexible como un junco.

Pero Parini jamás la había besado ni tocado. Su-Ling era su masajista, una artista en su clase, y jamás se permitiría con ella otra cosa que dejarse bañar y masajear en su anchísima piletta de mármol.

Por desgracia, allí estaba aquel odioso teléfono con su aviso en forma de gorjeo musical. Su-Ling se incorporó, secó sus manos con una toalla y le ofreció el aparato.

Parini escuchó con atención. Y mientras oía, sonrió.

—Sí, sí, Rolf, desde luego fue genial. ¿Que cómo se me ocurrió? Bien, yo sabía que Grimmon era un individuo muy especial. Se moría por unas faldas. Sé que no tuvo contacto con ninguna de las mujeres que llegaron a bordo de la inefable *Great Adventure*... ¿Que cómo? Muy fácil: le drogaron, por orden mía... No, no pensaba hacerlo, puedes creerlo, Rolf, pero él me telefoneó desde el puerto. Se mostró exigente, duro..., como el que tiene todos los ases en la manga, ¿comprendes?

Su-Ling seguía su labor incansable. Con la esponja en la mano, masajeaba inteligentemente los hombros, la espalda y el pecho de Robert Parini.

—Tú no sabes toda la verdad, Rolf. Grimmon sólo era un muñeco, un héroe de paja. —Parini pronunciaba con cuidado cada una de las palabras de sus frases—. ¿Cómo...? ¿Que no siga hablando? ¡No seas estúpido, Rolf! ¡Ja, ja, ja...! Desconfías siempre, Rolf, y eso es muy saludable. Pero olvidas que estamos hablando a través de una línea privada, secreta, que nadie podría intervenir... Está bien, está bien... Hablaremos aquí. Te espero.

Parini dejó que

Su-Ling

tomase el teléfono de sus manos y lo colocase sobre la baja mesita, al borde de la pileta.

Mientras las manos de la bella sudvietnamita seguían acariciándole, Parini pensaba en Alex Grimmon.

¡Gran estúpido...!

Cierto que Grimmon sabía que el sistema de flotación de la *Great Adventure* estaba compuesto —de forma bien disimulada, por supuesto— por unos cien bidones de hierro estancos, en cuyo interior se ocultaban veinte millones de dólares en heroína refinada, en paquetitos igualmente sellados e inmunes a la inmersión en las aguas, bien fueran las del Atlántico, bien las de la hermosa dársena de Atlantic City.

Los bidones habían sido soldados y comunicados entre sí. El trabajo lo habían realizado unos expertos, en Marruecos.

¿Quién iba a suponer que la débil balsa de juncos, en la que unos cuantos estúpidos asalariados habían cruzado el Atlántico..., contenía veinte millones de dólares?

Parini se sentía muy satisfecho. ¡Era el negocio del siglo! Con aquel negocio, Parini iba a redondear su fortuna de forma colosal. Y por otra parte, su prestigio alcanzaría la cima.

Podía contar con los veinte millones que valía el cargamento. Sus socios estaban ansiosos por participar en la colosal operación financiera.

Veinte millones en heroína... Que, debidamente distribuida a través de los bien organizados canales, quintuplicaría su valor.

Parini interrumpió sus pensamientos cuando Howard, su mayordomo-guardaespalda personal, penetró en la gran estancia de baño.

—Un caballero, llamado Hamed Ben Hadi, desea entrevistarse con usted, señor —dijo Howard, consultando la tarjeta que estaba sobre la bandeja de plata.

¡Ben Hadi! No se había dormido el marroquí, desde luego.

Parini conocía el motivo de la visita de Hamed Ben Hadi: cobrar veinte millones de dólares.

Ben Hadi era el representante, en Estados Unidos, de una compañía marroquí, dedicada a la exportación de naranjas... oficialmente, claro. Porque, en verdad, a Ben Hadi le importaba mucho más el comercio de narcóticos que todas las naranjas del mundo.

Hizo un signo afirmativo a Howard, que aguardaba, y encargó a Su-Ling que trajese licores y una caja de cigarros habanos.

Ben Hadi penetró en la estancia poco después.

Era de regular estatura y vestía con refinada elegancia. Llevaba al cuello un collar de oro macizo. También abundaba el metal precioso en sus dedos, e incluso en ambas muñecas.

Tenía unos ojos pequeños e inquisitivos. Hablaba un inglés perfecto, académico, y pronunciaba cada palabra lentamente y con gran cuidado.

—Ah, Ben Hadi —dijo Parini, en tono familiar—. Siento tener que recibirle aquí. Espero que no le importe. Mi mayordomo le servirá una copa. Hay cigarros en esa caja. Pero siéntese, por favor.

El marroquí permaneció en pie, rígido.

—No perdamos el tiempo, señor Parini —respondió, impaciente—. He venido a cobrar el último cargamento de naranjas.

Parini encajó el exabrupto con una sonrisa ancha. Luego, se volvió a

Su-Ling

y le ordenó salir de la estancia con un gesto perentorio.

—Calma, calma, mi buen amigo. Mis hombres están en Atlantic City, recuperando el cargamento. —Parini estaba encendiendo un cigarro, sin abandonar la pileta de mármol—. Dentro de unos minutos tendré noticias concretas, y entonces...

—¿Tiene el dinero?

Parini volvió a reír.

—¿Por quién me ha tomado? No soy un pordiosero. Tendrá sus veinte millones en cuanto reciba el visto bueno al cargamento desde Atlantic City. Desde luego, puede contar con...

Se interrumpió al oír el gorjeo musical del teléfono.

—¿Quiere acercármelo, por favor? —pidió al marroquí—. Sin duda, la llamada procede de Atlantic City.

Ben Hadi rodeó la pileta, y obedeció de mala gana.

Y cuando Parini se llevó el auricular del teléfono al oído, palideció terriblemente.

Su papada tembló de ira, sus ojos saltones se empequeñecieron y sus dientes rechinaron.

Estuvo escuchando durante más de un minuto. Y luego soltó el teléfono con tremenda violencia, y saltó desnudo de la pileta.

El marroquí disimuló un gesto de repugnancia al contemplar el deformado y obeso cuerpo de Parini.

—¿Quiere decirme de qué se trata? —preguntó.

Parini terminó de cubrirse con una gran toalla de baño.

Respiraba con gran dificultad y sus ojos centelleaban.

—Poca cosa —jadeó—. Los hombres-rana que estaban tratando de recuperar la heroína de la hundida *Great Adventure* sólo han encontrado... cien bidones despanzurrados en el fondo de la dársena.

Ben Hadi se acercó a él. Su piel cetrina había adoptado un extraño tinte verdoso.

—¿Quiere..., quiere decir que... han robado... la mercancía? —preguntó, incrédulo.

Parini le contempló con extraña expresión.

—No es necesario ser un lince para comprenderlo así, amigo mío

—gruñó, conteniendo la ira que le dominaba—. Pero entienda una cosa, Ben Hadi: no somos nosotros quienes más hemos perdido. Recuerde el trato: pagaríamos cuando la mercancía estuviera en nuestro poder, ni un solo segundo antes.

—Así, pues, no va a pagarme... —murmuró el marroquí, observándole con fijeza.

—No sea estúpido, amigo mío... ¿Pretende que le pague veinte millones por nada? —barbotó Parini.

Ben Hadi calló. Reflexionaba.

—Sin embargo, no puedo negar que ese cargamento supone mucho para mí —rezongó Parini. Y se sirvió medio vaso de *whisky* con un ademán brusco—. Voy a hacer todo lo posible por recuperarlo.

Ben Hadi se volvió hacia la puerta.

—Se lo agradezco mucho, Parini. Pero yo mismo me ocuparé de recuperar lo que es mío —anunció fríamente. Y añadió—: Estoy seguro de que usted rebajaría el precio si encontrara el alijo antes que yo, ¿no es así?

—Desde luego —admitió Parini.

Y recogió el teléfono del suelo, mientras el marroquí abandonaba la estancia.

CAPÍTULO III

Parini comenzaba a perder la calma.

—No estoy seguro, maldita sea —gruñó. Y se detuvo ante Rolf Hardy—. No puedo evitar un escalofrío cada vez que pienso que el Board puede tener alguna relación con el asunto. ¡Si ellos hubieran recuperado la heroína...!

Hardy se puso en pie. Junto a él, Parini, que no era ningún enano, parecía muy bajo.

Rolf Hardy era un hombre de unos treinta y cinco años, de extraordinaria estatura, delgado y ágil. Sus cabellos, rubios y lacios, le caían con frecuencia sobre la frente, lo que provocaba en Hardy aquel movimiento mecánico del cuello, con el que trataba de apartar sus cabellos hacia un lado.

—Vamos, vamos, Bob. Creo que no hay motivos para alarmarse —dijo con tono muy mesurado y convincente—. He sido policía, y sé muy bien la conmoción que hubiera causado en el Board of Narcotics[1] una confiscación de estupefacientes de tal envergadura. No, no han sido los hombres del Board, estoy seguro de ello.

Parini se alzó de un salto de la butaca sobre la que se había dejado caer, fatigado.

—Pero ¡quién, entonces, maldita sea! No existe en esta ciudad una organización con capacidad suficiente para enfrentarse a mí... ¿Sabes tú, Rolf, quién lo hizo, quién me robó?

—Ojalá lo supiera —respondió el expolicía—. Sabes muy bien que no he descansado durante estos diez días. He interrogado a centenares de individuos, he amenazado a pequeños traficantes, he gastado dinero tratando de obtener alguna información...

—¡Todo inútil! —barbotó Parini, que se creía el rey del mundo—. No puedo creerlo... ¡Mis mejores hombres, lanzados a una investigación, apenas han conseguido otra cosa que desgastar los

neumáticos de mis automóviles a lo largo de la ruta Nueva York-Atlantic City!

Hardy le miró en silencio. Y dijo:

—No perdamos la calma, Bob. Quien quiera que se haya apoderado de veinte millones de dólares en heroína, tiene que dar la cara, antes o después. Intentarán vender el alijo, obtener dinero. Y entonces, nosotros caeremos sobre ellos y les...

Parini le obligó a callar con un gesto.

—¡Grimmon! —gritó—. Sólo él sabía lo que contenían los ocultos bidones de hierro que sustentaban a la *Great Adventure*... ¡Tuvo que ser él quien diera el soplo!

Hardy pareció considerar aquella posibilidad.

—Pero estuvo sometido a vigilancia en el muelle hasta que recibió la llamada de Magnolia Johnson, desde el edificio Crookan. Luego... Bien, tú lo urdiste todo, Bob. Las chicas emborracharon a Grimmon... Es posible que Grimmon se fuera de la lengua.

—Sí, es posible —murmuró Parini, reflexivo—. Y en tal caso...

—Iré a ver a las chicas. Y te aseguro que si alguna de ellas sabe algo, confesará —declaró Hardy, con dureza.

—Eso no es todo. Debes averiguar si las chicas han recibido alguna posterior visita, la identidad de las personas que se relacionan con ellas en el teatro... ¡todo! Hemos de recuperar esos veinte millones de dólares en heroína, Hardy. De ello depende algo más que dinero... ¡Es nuestra seguridad!

—Confía en mí —respondió el altísimo Hardy—. Creo que estamos en el buen camino. Hasta luego. Te tendré informado.

—¡Esos cerdos...! —Gruñó Parini.

Miraba a través de los visillos, y contemplaba el automóvil negro estacionado al otro lado de la calle.

Odiaba a aquellos hombres, a los policías que le vigilaban constantemente, ansiosos por obtener contra él la menor prueba que les permitiese meter bajo rejas al poderoso Robert Parini.

Normalmente, Parini simulaba no advertir aquella continua vigilancia. Pero ahora sus nervios estaban tensos, y apenas podía contener la ira que alteraba sus anchos rasgos faciales.

—Siempre vigilantes —murmuró, colérico—. Como buitres que aguardasen un solo gesto de flaqueza para caer sobre mí y arrebatar

mis despojos... Ah, pero no permitiré que clavéis vuestras garras sobre mí. ¡Aún soy poderoso!

Corrió los visillos de un manotazo y volvió hacia el extremo del salón, donde una hermosa mujer morena se entretenía en poner música en un costoso tocadiscos estereofónico.

Era Bonnie, la preferida de Parini. Una jovencita fragante y atractiva, que, sin embargo, conocía todos los refinamientos del erotismo.

Bonnie se aproximó al hombre y rodeó su cuello con los brazos. Pero Parini la rechazó bruscamente y gruñó:

—Haz callar ese condenado cacharro y lárgate. No estoy para arrumacos.

Se dejó caer sobre un diván. Pero los nervios le traicionaban, y tuvo que incorporarse de nuevo y recorrer el enorme salón, decorado con excelentes pinturas de firmas célebres.

Parini amaba todo aquello.

Amaba su riqueza, su poder, su prestigio... Tras haber conseguido la fortuna, se había entregado al placer en todos sus aspectos. Para Parini, tan importante era dejarse acariciar por una mujer hermosa, como permanecer abstraído en la contemplación de las bellas y carísimas pinturas que atesoraba en su casa.

Ahora... Ahora Parini entreveía una posibilidad de que todo aquello desapareciera.

Y aquella posibilidad le aterraba. ¿Qué sería Robert Parini en prisión? Arruinado, preso... sólo sería un paria, un hombre gris e ignorado.

Y él amaba la celebridad, el poder y admitía la adulación, el respeto y el miedo que su poder provocaba en sus enemigos.

Howard penetró a las doce en el suntuoso salón, y dejó una bandeja con ricos manjares sobre una mesa.

Pero Parini apenas probó bocado. Sin embargo, consumió por completo el buen vino de Chianti de la botella que Howard había dejado en la bandeja.

—¡Maldito Rolf! ¿Es que no puede imaginarse mi impaciencia? —murmuraba, de cuando en cuando.

Rolf Hardy llegó cuando Parini había alcanzado el límite de su tensión nerviosa.

Por contraste, Hardy se mantenía entero y sereno.

—¿Qué...? —exclamó Parini, expectante—. ¿Quieres empezar a vomitar, de una condenada vez?

Con los nervios de la espera, con la intranquilidad, Parini olvidaba sus buenas formas, aprendidas tras largos años de prosperidad, y de sus labios brotaban las groseras frases de su desgarrada niñez en Little Italia [2].

—Sé algo en concreto: una de las chicas del *ballet* Temptation ha desaparecido —declaró Hardy, inclinándose sobre la mesa para servirle un chorro de *whisky* y unos cubitos de hielo.

Parini le arrebató el vaso, cuando iba a llevárselo a los labios.

—¡Escúchame ahora! Ya tendrás tiempo de beber después —barbotó, pálido y ojeroso—. ¿Cómo se llama esa chica, qué diablos has hecho para encontrarla?

Hardy disimuló su malhumor, con un gran esfuerzo. Le hartaba Parini con sus nervios y sus actitudes destempladas. Pero... ¡le pagaba tan bien...!

—La chica se llama Nell Payne, y desapareció la misma mañana en que murió Alex Grimmon —informó con paciencia—. Las demás han declarado que Nell permaneció a solas con Grimmon durante más de una hora. Al parecer, Grimmon se encaprichó de ella, a pesar de que todas cumplieron con su papel de hacerle distraída la noche... Cuando Grimmon se puso enfermo, Nell hizo una llamada telefónica. A nadie dio explicaciones.

—¡Está claro! Esa perra sonsacó a Grimmon, y luego informó a alguien acerca de que en la balsa *Great Adventure* se escondía un verdadero tesoro... ¡Hay que encontrarla, cuanto antes! ¡Sólo ella puede decirnos a quién le dio el soplo!

Parini sudaba a chorros, y cada vez parecía más macilento y alarmado.

—Me he ocupado de ello. Media docena de hombres están buscándola, en hoteles, moteles y pensiones. La encontraremos antes de que termine el día, estoy seguro de ello —afirmó Hardy.

—Más vale que sea así. Caso contrario...

Hardy contuvo un estremecimiento. Y para disimular su temor, se volvió, y cogió el vaso de *whisky* que Parini había dejado sobre la mesa.

CAPÍTULO IV

Cuando sonó el timbre de la puerta, Nell Payne se puso en pie de un salto.

Había estado esperando durante todo el día. Anhelante, angustiada y dominada por el pánico.

Porque adivinaba que Bruce Mansfield, el hombre del que estaba enamorada, se había metido en Una aventura peligrosa. Y más que peligrosa aún, mortal.

Sin embargo, Nell no llegó a abandonar la habitación. Porque sabía que al otro lado del pasillo, estaban las «chicas» de la señora Groovie, esperando a sus clientes.

Pegó su oído a la puerta, y escuchó las frases insinuantes que Bruce dirigía a una de las chicas.

Y sintió la punzada de los celos en su corazón, como dardos de acero que hiriesen sus entrañas.

«Jamás debí amarle», pensó, rabiosa. Y hubiera reído ante aquel absurdo pensamiento, si no se hubiera sentido tan dolorida.

Esperó, impaciente.

En el salón, las prostitutas de la señora Groovie reían, de buena gana, las bromas procaces de Bruce Mansfield.

¿Por qué no entraba él ya, por qué seguía martirizándola con aquellas absurdas galanterías, dirigidas a mujeres de vida fácil...?

Al fin, oyó los pasos ligeros y decididos de Bruce.

Nell conocía tan bien aquella cadencia, que hubiera reconocido los pasos de Bruce entre los de centenares de personas.

Se retiró de la puerta, y se dejó caer sobre el borde del lecho.

Allí estaba él, alto, atlético, siempre elegante, a pesar de su aparente descuido en el vestir.

Nell amaba aquel rostro cuadrado, mitad burlón, mitad inexpresivo. Amaba sus cabellos rojizos y sus ojos grises.

Lástima que Bruce no valiese la pena.

—¿Despierta aún? —comentó él, despojándose con rápido gesto de la chaqueta y arrojándola sobre una silla.

Tenía unos hombros robustos, redondos, que desbordaban la capacidad de la camisa. Le gustaba, también, su cuello poderoso, la cintura estrecha y sus pasos ligeros, su facilidad de movimientos.

Pero no valía la pena.

—Estoy angustiada. Bruce —confesó con un hilo de voz—. Sólo cuando tú llegas, siento que la tranquilidad vuelve a mí...

Bruce se inclinó sobre ella, y la besó fugazmente en los labios.

Rió.

—¿Angustiada? ¿Por qué? Sabes muy bien que aquí estás a salvo. Pago bien a la señora Groovie, y ninguna de sus chicas conoce tu presencia aquí —dijo él, sin darle importancia.

Entonces Nell soltó un gemido. Su rostro aniñado se cubrió de lágrimas.

Era muy bella. Alta, esbelta, perfecta... Poseía aquella perfección que le había valido ser seleccionada para integrar el famoso *ballet* Temptation.

—¿Lloras? —dijo él, al otro lado del lecho, mientras se descalzaba—. Vamos, vamos, Nell. Esto terminará pronto para ti. Tengo aquí el dinero: diez mil dólares. Pero tendrás más. Y podrás vivir tranquilamente, en cualquier lugar de este país...

Bruce dejó el fajo de billetes sobre la almohada.

Pero Nell se volvió con fiereza, tomó el dinero y se lo arrojó al hombre a la cabeza.

No llegó a alcanzarle, porque Bruce inclinó levemente el tronco, y el fajo se deshizo en el aire, y los billetes cayeron como una lluvia sobre la alfombra.

—¡No quiero! ¡No quiero dinero! No voy a tocar un solo centavo, Bruce... —gritó ella.

—¡Calla! —La amonestó él—. No es conveniente que esas chicas sepan que estás aquí, ¿no lo comprendes?

—Pero tú sí puedes bromear con ellas, galantear, gastarles bromas procaces —le lanzó Nell, rabiosa.

—Forma parte de mi papel, pequeña. Para ellas, yo soy el servidor del orden, en el prostíbulo de la señora Groovie —respondió él, volviéndose a mirarla con curiosidad.

Advirtiéndole que ella no contestaba, añadió:

—Veo que no has probado bocado, Nell. Estás delgada. Y eso no es bueno para tu salud...

Nell se puso en pie. Y el hombre la admiró en silencio.

—¡Tú no eres bueno para mi salud! —acusó ella, dolida—. Me engañaste, Bruce. Me aseguraste que no me pondrías en peligro, que nada me sucedería. Y ahora... sé que los hombres de Parini me buscan a lo largo de la ciudad, como podencos sedientos de sangre.

Se mordió, nerviosa, las uñas. Y luego, algo más calmada, siguió:

—Sé que nunca debí sonsacar al infeliz de Grimmon y, mucho menos, llamarte por teléfono para darte la información que me confió aquel pobre estúpido. Y a ti todo lo que se te ocurre para cuidar de mi seguridad es traerme a un burdel.

Mansfield se irguió del lecho y la miró con dureza.

—No debieras extrañar el ambiente, querida —dijo con frialdad—. Antes de alcanzar un puesto de bailarina en el más famoso *ballet*..., tú también te dedicaste al oficio más antiguo del mundo. Te prostituiste, ¿lo has olvidado?

Nell retrocedió, como si la hubiesen golpeado en pleno rostro. Pero no brotaron nuevas lágrimas de sus ojos.

—Siempre sabes poner el dedo sobre la llaga, Bruce Mansfield —lanzó con los ojos brillantes—. Dices la palabra oportuna, la que más hiere. Es cierto que me prostituí, pero ¿qué sabes tú de todo ello, querido? No has debido pasar hambre jamás, ni te has visto encerrado en prisión, por haber robado unos pocos dólares, ni...

Calló.

Si esperaba una disculpa por parte del hombre, una frase que paliara el efecto de sus palabras anteriores, se equivocó.

—Descansemos —propuso él—. Estoy fatigado.

Se había desnudado, y se metió en la cama.

Nell apagó la luz, e hizo otro tanto.

Y cuando, bajo las sábanas, los brazos de Mansfield se le ofrecieron propicios, ella escondió su rostro en el pecho del hombre, y sollozó entrecortadamente.

—¡Bruce, Bruce...! —murmuraba entre dientes, sintiendo, en lo más hondo, la seguridad que emanaba de los brazos del hombre.

—Vamos, cálmate, pequeña —dijo él, en un susurro—. No hay nada que deba preocuparte.

Pero Nell se agitó, muy inquieta.

—¿No hay nada? ¡Dios santo, Bruce, sigues creyendo que soy una chiquilla ingenua y estúpida! Sé lo que dijo Grimmon: «*La travesía del Atlántico en la balsa, no era más que una farsa. En los bidones se esconde...*»

Bruce buscó su rostro, y tapó los labios femeninos con sus dedos. Y a ella le gustó el aroma a masaje que exhalaban.

—No sigas. Debes dormir, Nell. ¡Duerme, pequeña! Estás temblando —susurró él.

Pero ella apartó los dedos varoniles y respondió:

—Estoy aterrada, Bruce. Sé lo que había en la *Great Adventure*, y sé que tú lo has robado. Te matarán, Bruce, te matarán. Y a mí...

—No ocurrirá nada. Confía en mí —respondió él.

Pero ella no podía callar.

Las ideas se atropellaban en su mente, y los labios apenas podían contener la tentación de traducirlas en palabras.

—Te has dejado llevar por la codicia, Bruce. Y has tenido la osadía de enfrentarte al gángster más poderoso de Nueva York. ¿Quién crees tú que es Robert Parini? He oído muchas cosas acerca de él: todos hablan de su dinero, de su poder, capaz, incluso, de cambiar el signo de unas elecciones generales, de situar al hombre que a él se le antoje en los puestos más importantes de la nación. ¿Crees que podrás escapar a sus garras? Te equivocas, te alcanzarán...

—Piensa como quieras. En cualquier caso, tú estarías a salvo. Me he ocupado de ello —confesó él.

Nell volvió a cobijarse en sus brazos. ¡Se sentía tan protegida y segura entre ellos!

Notó la vibración de los centros nerviosos del hombre, y adivinó que él comenzaba a experimentar la dentellada del deseo en su carne.

Si era así, Mansfield debía poseer un completo y riguroso control sobre sus sensaciones, puesto que nada hizo para responder a las caricias y besos que ella le dedicaba apasionadamente.

Pero no era deseo carnal lo que impulsaba a Nell a acariciar al hombre, sino el amor y la ternura que sentía por Mansfield.

Al fin, los brazos de la mujer se fueron relajando, y su respiración se tornó rítmica y reposada, turbada, de cuando en cuando por débiles estremecimientos.

Pero Bruce Mansfield no dormía.

Mantenía a Nell entre sus brazos, sentía el calor del cuerpo femenino en su piel, y notaba cada uno de aquellos incontrolados movimientos que agitaban el sueño de la mujer.

No dormía Mansfield porque también él experimentaba la inquietud en lo más vivo.

¿Por qué se había enfrentado a Parini, por qué había desencadenado, con su loca acción, la ira del gángster...?

Era algo que yacía profundamente grabado en su memoria y en su corazón.

Sentía rencor y odio profundo hacia Robert Parini. Pero ahora era otro sentimiento el que se despertaba, incontenible, dentro de él.

Era la CODICIA.

Ahora Bruce Mansfield no sólo deseaba vengarse de Parini. Ansiaba también ser rico y poderoso.

Veinte millones, veinte millones, ¡VEINTE MILLONES DE DOLARES!

¿Qué importaba que fuesen veinte millones, en heroína? Mansfield había decidido desprenderse de cualquier escrúpulo.

Ahora, gracias a Nell Payne, la mujer que dormía confiadamente en sus brazos, Bruce poseía el alijo que había viajado desde Marruecos a Atlantic City, en su ingenioso y hábil escondite.

No había sido fácil conseguirlo.

Todo había comenzado unos años atrás...

CAPÍTULO V

Los Mansfield apenas podían contener su legítimo orgullo. Claro que eran gentes humildes, pueblerinas, que jamás habían tenido la oportunidad de conocer otra cosa que su pequeño pueblo del Estado de Pennsylvania.

Josua Mansfield había sido un pequeño comerciante toda su vida. Como su esposa, Helen, había ahorrado hasta el último centavo para poder sufragar los gastos de Universidad de su primogénito, Bruce.

Y ahora, Bruce les traía a la gran ciudad, a Nueva York, y les instalaba en una cómoda y atractiva villita de un barrio residencial y tranquilo.

Claro que los Mansfield podían imaginarse bien cuántos sacrificios habría costado a su hijo adquirir aquella pequeña pero suficiente vivienda, puesto que sabían que el sueldo de un policía no permite hacer derroches.

Sí, habían sido cinco años, durante los cuales, Bruce Mansfield se había privado hasta de las más mínimas satisfacciones. Pero había valido la pena, puesto que ahora tenía cerca a sus padres, que empezaban a hacerse viejos, día a día.

La que más feliz se sentía, sin embargo, era Katie, la hermana de Bruce, una jovencita de veintidós años, que parecía deslumbrada por la dinámica vida de la gran ciudad.

Katie había terminado ya sus estudios de experta en decoración, y esperaba obtener pronto un buen empleo, que le permitiera demostrar sus aptitudes.

En resumen, los Mansfield componían una familia de lo más corriente: un matrimonio con dos hijos. Los hijos trabajaban para mantener a sus padres, demasiado gastados ya.

Tanto Josua como Helen Mansfield se sentían muy orgullosos de sus hijos. Pero, sobre todo, de Bruce.

¡Nada menos que un policía federal, un agente especial, dedicado a la represión del tráfico de narcóticos...!

Claro que también padecían, imaginando los peligros a que Bruce se exponía en su profesión, aunque él jamás hablaba de ello.

No sabían los Mansfield, por ejemplo, que el Board of Narcotics, al que pertenecía Bruce, había desencadenado una fuerte campaña, destinada a desarticular el tráfico y venta de estupefacientes en Nueva York.

Bruce llegó a su hogar, muy tarde, una noche. Josua Mansfield, que acostumbraba a acostarse pronto, le esperó, impaciente, hasta la madrugada.

Y cuando contempló el rostro de su hijo, cubierto de tafetanes, con los párpados hinchados y los labios partidos, se alarmó.

—No es nada —explicó Bruce, sin darle importancia—. Tuvimos que detener a un traficante de drogas. Se resistió y...

Pero aquella noche, Josua Mansfield comenzó a comprender que la profesión de su hijo era excesivamente peligrosa y arriesgada.

Bruce, por otra parte, había mentido para no alarmar a los suyos.

La verdad era que aquella noche había sido asaltado por varios individuos en la carretera de Hoboken, próxima a Valentine Row, donde se encontraba la villa de los Mansfield.

Le habían sorprendido con una treta antigua: un hombre caído en mitad de la carretera. Cuando Bruce, preocupado, frenó su coche y descendió para ayudar a aquel individuo, otros cuatro brotaron de las tinieblas y le atacaron.

Fue una paliza atroz. Aquellos salvajes no utilizaron los puños, sino que le golpearon con duras matracas, «rompe-cabezas», de plomo forrado de cuero.

Bruce quedó en mitad de la carretera, destrozado, roto, semiinconsciente.

Entonces notó que uno de aquellos individuos introducía algo en sus bolsillos.

—Sólo es un aviso, señor Mansfield —explicó una voz burlona—. Si sigue metiendo la nariz en asuntos que no le importan...

Cuando pudo incorporarse, no vio a nadie a su alrededor.

Tuvo que aguantar los gemidos de dolor, y arrastrarse con dificultad hasta el coche.

Antes de volver a Valentine Row, condujo despacio hacia Hoboken, y consiguió que le asistieran en un centro de socorro.

El resultado de la feroz paliza no fue leve: dos costillas fracturadas, el tabique nasal roto, y multitud de hematomas en toda la superficie de su cuerpo.

Lo que encontró en su bolsillo era un paquete de billetes, conteniendo diez mil dólares.

Aquello no era lo peor. Bruce sabía por qué le habían apaleado: todo era consecuencia de la investigación que estaba realizando sobre Robert Parini.

El Departamento de Narcóticos tenía un enorme interés por Parini. Se sospechaba que el presidente de la Radial Publishers Co, dirigía la más fantástica y perfecta organización de Nueva York, dedicada al tráfico y distribución de drogas.

Por desgracia, Parini se rodeaba de un perfecto equipo de abogados y expertos en leyes, que le arropaban y protegían con eficacia.

Bruce, sin embargo, había logrado abrir una cuña en aquella muralla tras la que se escondía Parini.

Se trataba de Milton Delaney, un joven que cumplía condena por tráfico de drogas, en la prisión del Estado de Nueva York.

Delaney se quejaba de haber sido abandonado por la organización a la que pertenecía, y estaba dispuesto a hablar ante un jurado, según pudo comprobar Bruce, tras la visita que hizo al joven, en la prisión.

Aquella noche, destrozado y molido a golpes, Bruce apenas pudo pegar los ojos.

Se sentía sumamente inquieto. El brutal atentado de que había sido objeto, aquellos diez mil dólares que habían introducido en su bolsillo..., ¿no decían claramente que Parini comenzaba a ponerse nervioso?

—Debo continuar adelante —decidió.

Por supuesto, tuvo que aguardar un par de semanas antes de poder reintegrarse al servicio.

Tres días después, leyó la noticia en el *Herald*.

«ACCIDENTE EN LA PENITENCIARIA DEL ESTADO. UN
RECLUSO RESULTO MUERTO.

Mientras reparaba un cuadro eléctrico en la galería “F” de la penitenciaría del Estado, el recluso Milton Delaney, de veintitrés años, resultó alcanzado por una descarga eléctrica, que le causó la muerte en el acto.

El fiscal del distrito ha ordenado abrir una investigación, encaminada a...»

Bruce arrojó el periódico lejos de sí, rabioso.

—Nada de accidente, por supuesto —decidió—. A Delaney le han asesinado para evitar que confesara ante el jurado.

Podía ser cierto, pero de nada valdría intentar investigarlo.

Bruce sabía que la prisión es un mundo dentro de otro mundo. Un mundo hostil, misterioso y hermético, del que nada se filtra a través de los muros.

Sin embargo, Bruce no estaba dispuesto a dar el caso por terminado. Los diez mil dólares de Parini estaban en el Departamento, y Bruce recibió el encargo de seguir adelante.

Reanudó su investigación, a partir de un supuesto: Delaney tendría algunos amigos en Nueva York. Si los encontraba, era fácil obtener un dato aquí y otro allá; algo, en suma, que le permitiera hallar de nuevo la punta del hilo que llevaba al corazón de la madeja.

Tuvo suerte. No fue un amigo de Delaney, sino su propio hermano, un individuo que poseía un puesto de frutas y verduras en Central Market.

Jim Delaney se mostró aterrado, pero dispuesto a vengar la muerte de su hermano.

—Venga a verme mañana, antes de que se abran las puertas del mercado —susurró entre dientes.

—¿Por qué no ahora? —insistió el policía.

La expresión temerosa, la mirada huidiza de Delaney, parecía dar a entender que había visto a alguien a quien temía, entre los miles de personas que deambulaban a lo largo de las galerías del imponente mercado.

Bruce intentó encontrar un rostro conocido entre aquella muchedumbre, pero le fue imposible.

Finalmente, tuvo que rendirse a los deseos de Jim Delaney.

—De acuerdo. Estaré aquí a las seis de la mañana —afirmó.

Bruce permaneció en las oficinas del Board hasta las once de la noche. Durante cinco horas seguidas había trabajado en los ficheros, tratando de encontrar datos sobre determinadas personas, allegadas a Robert Parini.

A las once y cinco, descendió a los garajes y tomó su coche. Se sentía extenuado y ansioso por llegar a su casa y descansar.

Tras atravesar la ciudad, condujo con toda clase de precauciones. Era evidente que Parini le sometía a vigilancia: por tanto, no tardaría en averiguar que Bruce Mansfield no estaba dispuesto a dejarse sobornar.

Tenía la pistola preparada sobre el asiento contiguo, al alcance de su mano.

Así pues, con todos los sentidos alerta, rodó a lo largo de la carretera a Hoboken.

Pero nada sucedió. Y finalmente, tomó la desviación hacia Valentine Row.

La villa de los Mansfield formaba parte de una urbanización de categoría media. Las viviendas no eran lujosas, pero sí amplias y confortables, rodeadas por amplias zonas verdes y dotadas de arbolado de hoja perenne.

Las calles eran sinuosas, y discurrían por las faldas de varias colinas de escasa elevación.

Bruce rodeó la pequeña zona comercial, salió de la curva y frenó a la altura de su villa.

Y lo que vio le dejó pasmado de asombro y de espanto.

La casa entera estaba cubierta por una gran lona impermeable, de las empleadas en la desratización a gas [3].

Había un camión en el jardín, con un gran tanque de gas y un compresor, del que partía la gruesa, tobera que desaparecía tras la lona que envolvía la construcción.

Tres operarios charlaban junto al camión. Sus voces llegaban muy atenuadas por el rítmico

«tap-tap»

del compresor.

Bruce contempló todo aquello, con las facciones desencajadas y los ojos desorbitados.

Inmediatamente, pensó que se había equivocado.

«No puede ser mi casa, nuestra casa», pensó.

Aspiró aire con ansiedad. Y miró el rótulo situado sobre el buzón de correos.

«FAMILIA MANSFIELD», leyó.

Y un gemido desgarrado brotó de su garganta.

CAPÍTULO VI

De repente, pisó el acelerador a fondo, y torció el volante a la derecha.

El automóvil saltó sobre la acera, destrozó la bonita valla de madera, pintada de verde claro, y rodó velozmente sobre el césped.

Frenó a fondo cuando parecía a punto de estrellarse contra el camión, y saltó fuera del coche, antes de que el vehículo se hubiera detenido por completo.

—¡Alto, alto! —rugió, fuera de sí—. ¡Detengan ese compresor!

Los empleados se volvieron a mirarle. Y en sus expresiones se reflejaba claramente la sorpresa y la incertidumbre.

Uno de ellos se lanzó hacia Mansfield, que corría ya hacia la parte trasera del camión, con la decidida idea de desconectar el compresor.

—¡Espere! —gritó el empleado—. ¿Es que se ha vuelto loco? ¡No puede hacer eso!

Pero Bruce le rechazó tan violentamente, que el hombre cayó de espaldas y rodó sobre el césped.

Buscó, con el espanto en los ojos, la forma de parar el compresor. Movi6 una palanca, y el aparato dejó de emitir su característico «tap-tap».

Inmediatamente, Bruce corrió hacia la lona, sujeta al suelo por gruesas barras de hierro, e intentó abrirse paso.

Dos de los operarios le sujetaron por los brazos.

—¡No sea loco! —le increparon, excitados—. No puede penetrar ahí... Moriría, ¿no lo comprende? La casa está llena de gas mortal.

Bruce les miró, enloquecido.

—¡No es posible, estúpidos! ¡Mis padres..., mi hermana están ahí dentro! —chilló, tratando de soltarse.

El hombre al que Bruce había golpeado, llegó junto a ellos y

ayudó a reducirle.

—Vamos, vamos —intentaba apaciguarle el mayor de los empleados—. Sin duda, se ha equivocado, amigo. Esta mañana recibimos en la

Rat-Gas

Inc., el aviso de que debíamos proceder, a partir de las diez de la noche, a la desratización de esta casa. El encargo procedía de mister Josua Mansfield, que insistió, al atardecer, en que la casa estaría vacía de personas y animales domésticos, ¿comprende? Cuando llegamos aquí, hace una hora y media, aproximadamente, el señor Mansfield estaba esperándonos, con las llaves de la casa, que me entregó personalmente. Son éstas, ¿las ve? Se marchó después.

Bruce miró el llavero. Y una luz de esperanza se iluminó en su corazón.

Las llaves pertenecían a su padre, no había duda.

Sin embargo, ¿era lógico que su familia hubiera procedido a desratizar la casa, sin avisarle a él previamente?

Y todo ello teniendo en cuenta que la casa —como el resto de la urbanización de Valentine Row— era nueva, y jamás se habían visto ratas en ella.

A pesar de todo, Bruce se aferró a aquella esperanza.

—Veo que se ha calmado un tanto. Si promete comportarse razonablemente le soltaremos, ¿está bien? —preguntó aquel operario.

Bruce asintió de una cabezada.

Y cuando estuvo libre, sacó su documentación, y la mostró a los tres empleados.

—Soy Bruce Mansfield, de la policía federal, y ésta es mi casa. Ahora voy a ordenarles algo: retiren esa lona. Necesito comprobar que la casa está verdaderamente vacía. ¿Lo comprobaron ustedes?

Los tres operarios le miraron, indecisos. Y fue el más viejo el que respondió:

—Habitualmente, solemos hacerlo. Pero como el señor Mansfield nos esperaba en la puerta, que cerró él mismo, no consideramos necesario hacerlo. El señor Mansfield me encargó que dejásemos las llaves, e incluso me firmó la hoja de trabajo correspondiente. Todo estaba en orden.

Pero Bruce insistió, más inquieto a cada momento:

—De todas formas, quiero comprobarlo. Mis padres no me hablaron de esto. Y sabían que yo volvería a casa esta noche... ¡Abran!

—Está bien —dijo el operario, tras leve vacilación. Pero, antes, es necesario ventilar la casa. Penetrar ahí, ahora, sería tanto como suicidarse.

Dos hombres subieron al tejado, y comenzaron a recoger la inmensa lona, mientras el compresor insuflaba aire puro a la casa, a través de la tobera.

Al cabo, el compresor fue detenido, y todo rumor cesó.

—Puede entrar ahora. Nosotros abriremos todas las puertas y ventanas para evacuar los restos de gas —le dijeron.

Tomó las llaves de manos de aquel hombre, y abrió la puerta.

Bruce apenas podía sostenerse sobre las piernas, de pura inquietud.

En el vestíbulo, se detuvo, y cerró los ojos.

—Ojalá esté vacía la casa. Si ellos estuvieran aquí...

Echó a andar, decididamente.

El gran salón principal estaba vacío, y ello le dio cierta esperanza.

Paso a paso, avanzó hacia el dormitorio de sus padres. Empujó la puerta despacio, con un miedo que alborotaba su corazón y sus sentidos.

El aire salió a presión entre sus labios, al comprobar que el alto lecho matrimonial de sus padres estaba en orden. La habitación estaba vacía.

Pero de la puerta que conducía al cuarto de aseo se filtraba una rendija de luz.

—Un olvido, al fin y al cabo —se dijo. Y murmuró, furioso—. Espero que sepan explicármelo después, cuando vuelvan.

Empujó la puerta, más tranquilo. Y entonces los vio.

Su padre estaba desnudo, flotando sobre el agua espumosa del baño. Y su madre, la dulce Helen Mansfield, yacía en el suelo, boca arriba, con las facciones desencajadas, en un rictus de suprema angustia.

En los primeros instantes, Bruce se sintió incapaz de reaccionar.

Luego, detrás de él, sonó el rumor de pasos, y la exclamación de espanto que lanzaba uno de los empleados de la empresa de

desratización, al contemplar el dramático cuadro del aseo.

El sollozo se estranguló en su garganta. Porque ¡había que actuar y actuar aprisa!

Tal vez... ¡Tal vez sus padres no estuvieran muertos, sino sólo desmayados, intoxicados levemente!

Bruce Mansfield había contemplado a muchas personas muertas, sin embargo. Y no pudo engañarse: Josua y Helen Mansfield estaban muertos, y sus cuerpos comenzaban a enfriarse.

Como un loco, empujó a los tres hombres que se apretujaban en la puerta, atravesó el salón y corrió hacia la habitación de Katie, su hermana.

Encendió la luz del techo, antes de advertir que estaba encendida una pequeña lámpara portátil sobre la mesa en la que Katie solía leer un rato, antes de acostarse.

También ella parecía viva. Su imagen, levemente recostada sobre un costado, aparecía un poco inclinada sobre el libro que había en la mesa.

Pero la impresión era engañosa, porque en cuanto Bruce apoyó una mano en su hombro, el cuerpo de su hermana se movió, y la cabeza golpeó sobre el libro.

¿Era una burla sangrienta del destino? Estupefacto, Bruce leyó el título de aquel libro: *CANTO A LA VIDA*.

De repente, Bruce Mansfield giró sobre sus talones, corrió hacia la puerta, y lanzó un grito salvaje.

El más viejo de los operarios se cruzó en su camino. Era un hombre de unos cincuenta años, y parecía muy impresionado.

—¡Es..., es horrible, señor Mansfield! ¿Cómo..., cómo podíamos imaginar nosotros que... que...?

Bruce se abalanzó sobre él, chillando como un animal, y le golpeó a puñetazos hasta que el hombre cayó al suelo, sin conocimiento.

Sus dos compañeros retrocedieron, espantados, al contemplar el rostro deformado de Mansfield.

Pero Bruce les alcanzó, y comenzó a golpearles ciegamente. Hasta que uno de los operarios, temiendo seriamente por su vida, logró asestarle un silletazo por la espalda, y abatirle.

Sangrando y jadeantes, los dos hombres cambiaron entre sí una mirada de espanto.

—¿Qué haremos ahora, Burt? Todo esto es horrible —murmuró uno.

—¿Qué podemos hacer? Sólo llamar a la policía —respondió su compañero.

Y buscó el teléfono con urgencia.

A través de las ventanas abiertas, el viento movía los blancos visillos de la residencia de los Mansfield.

CAPÍTULO VII

—No puede engañarme, señor. Esto es un manicomio.

Harold Drumber movió la cabeza con pesar.

—Está bien, Mansfield —concedió—. Se encuentra en el Hospital Psiquiátrico Lonsbury. No está loco, puede creerlo.

—Eso ya lo sé —murmuró rápidamente Bruce, sin apartar sus ojos del techo.

—Tanto mejor —siguió Drumber, con voz suave—. Pero en los primeros momentos, sufrió una alteración psíquica, que obligó a los médicos a internarle en este lugar. Ahora ya está bien. Dentro de pocos días, será dado de alta.

—Muy bien. —Mansfield hablaba sin acento—. Ahora sólo falta que me diga que los asesinos de los míos han sido capturados. Con ello, me sentiré más tranquilo.

Harold Drumber se movió, inquieto.

¿Cómo explicarle a Mansfield el resultado de la investigación? Debía mostrarse cauto, hablar con gran habilidad y tacto. Porque, por otra parte, no podía decir una mentira piadosa.

Tomó la única silla que había en la blanca habitación, y la aproximó al lecho de Mansfield.

—Le diré todo lo que sé. Claro que aún no ha terminado la investigación, y quedan algunos extremos por comprobar.

—Siga —pidió Mansfield, imperturbable.

—Los empleados de la

Rat-Gas

Inc. nada tienen que ver en el asunto. Hemos comprobado que un hombre llamado Josua Mansfield llamó a las oficinas de la empresa, y encargó que desratizaran su casa, situada en Valentine Row, número ochenta. Towers, Bluepine y Haynes llevan mucho tiempo en la empresa, y están conceptuados como excelentes trabajadores. No tienen antecedentes, y hemos comprobado, uno a uno, sus

movimientos, desde una semana antes de producirse el incidente. Son absolutamente inocentes, no cabe duda.

Mansfield no dijo nada. Sólo un leve fruncimiento de sus labios demostró que había escuchado.

—Dedicamos, entonces, nuestra atención al hombre que los tres operarios tomaron por Josua Mansfield. Conseguimos que, entre los tres, describieran al individuo con bastante detalle. Según ellos, era un individuo de cincuenta y cinco a sesenta años, parcialmente calvo, con cabellos grises, lentes con montura, rostro rubicundo, fino bigote canoso, estatura mediana, pantalones y chaqueta a cuadros, grises...

Bruce giró bruscamente la cabeza hacia Drumber.

—*¿Trata de hacerme comprender* que era verdaderamente mi padre el hombre que les entregó las llaves? —*preguntó, rabioso.*

Drumber no respondió inmediatamente.

Pero Bruce *sabía* que la descripción que acababa de oír de labios de su visitante coincidía exactamente con los rasgos y circunstancias de Josua Mansfield, su padre.

—Todo es muy extraño, lo sé —dijo luego Drumber—. Cuesta trabajo creer que Josua Mansfield se volviera loco de repente... Que decidiese, de improviso, poner fin a su vida y, de paso, a las de su esposa y su hija. Sin embargo, el hecho de que encargara la desratización a esa empresa, aquella misma mañana, indica una cierta premeditación...

Bruce se agitó sobre el lecho.

—Pero... ¡todo eso es monstruoso! ¡MONSTRUOSO! Mi padre era un hombre sano, física y mentalmente.

Drumber le dejó desahogarse. Al cabo, Bruce pareció imponerse a su indignación, e incluso se mostró capaz de razonar.

—No puedo creerlo —murmuró, como si hablase consigo mismo. Y de repente, elevó los ojos y miró a Drumber—. ¿No lo comprende? Aunque mi padre hubiera decidido algo tan monstruoso, mi madre, Katie..., ¡ellas tuvieron que oír los ruidos que provenían del tejado, el trepidante rumor del compresor...!

—Hemos trabajado a fondo en este asunto, Mansfield —afirmó Drumber, con suavidad—. Hemos comprobado que en las dos noches anteriores, los bomberos estuvieron trabajando muy cerca de su casa. Se había atascado una alcantarilla. Para desatascarla,

inyectaron aire a presión en el conducto... que facilita también un compresor. Por esa razón, admitida, aunque sea en hipótesis, la loca decisión de su padre, tanto su madre como su hermana no se hubieran alarmado, al escuchar tales ruidos. Pensarían, razonablemente, que los bomberos seguían en su labor de desatascar las alcantarillas...

Bruce denegó tozudamente.

Conocía a su padre de sobras. ¡Imposible...!

Para Bruce, estaba claro. Parini había montado aquella confabulación sutil para obligarle a él, Mansfield, a abandonar cualquier pesquisa en relación con el gángster.

Pero ¿cómo hablar de ello a su superior, Harold Drumber? Las explicaciones de Bruce sólo servirían, en este caso, para que Drumber imaginase que las facultades mentales de su agente estaban aún desequilibradas.

No hizo ningún comentario, a partir de entonces.

Drumber le dijo que su padre, su madre y la pobre Katie habían sido enterrados, una semana antes, en el West Cementery.

Había sido un funeral muy solemne, con abundancia de coronas fúnebres, flores y asistencia de amigos y compañeros del Departamento.

Pero Bruce no manifestó, de forma externa, la inmensa amargura que formaba una bola densa, negra y amarga en su corazón.

Tres días después, abandonaba el hospital. Fue directamente a Valentine Row, y penetró en su casa.

¡Qué fría, qué inhóspita y oscura parecía aquella vivienda ahora...!

A Bruce le hubiera gustado sepultar su rostro sobre el lecho de sus padres, y llorar allí hasta que su corazón quedase libre de toda congoja.

Pero no podía llorar. Y la angustia se condensaba dentro de él, hasta amenazar con ahogarle.

Lo razonable hubiera sido vender aquella villa, y alquilar un pequeño apartamento en Nueva York. Pero no se decidió a hacerlo: prefería seguir viviendo allí. Y ello con un solo objetivo: mantener fresco en su memoria el recuerdo de sus padres, de Katie, aquel recuerdo que le ayudaría a no desfallecer.

Drumber le había concedido quince días de vacaciones. Y Bruce Mansfield había decidido aprovecharlos hasta el último segundo.

Se levantó muy temprano del lecho, a la mañana siguiente. En realidad, ni siquiera llegó a dormir, porque sus obsesionantes pensamientos le mantuvieron toda la noche en vela.

A las cinco y media, abandonó Valentine Row a bordo de su automóvil, en dirección a Central Market.

Estaba decidido a entrevistarse con Jim Delaney, aunque hubieran transcurrido muchas fechas desde el día en que acordaran la cita.

Llegado al mercado, le fue muy difícil encontrar un hueco donde aparcar su coche.

Cuando lo hubo conseguido, penetró en el mercado, y buscó el puesto número 106.

El puesto de verduras y frutas de Jim Delaney estaba cerrado.

Desde luego, Bruce había temido, desde el primer momento, algo semejante. Pero ¿qué había ocurrido, en realidad?

—Tal vez, Jim tuvo miedo, y decidió no hablar conmigo. La única forma de evitarme era ésta: abandonar su puesto.

Preguntó en el puesto adyacente. Un hombre fornido y grueso, que hablaba con voz fuerte y rotunda a sus quisquillosos clientes, le obligó a esperar varios minutos, antes de satisfacer su curiosidad.

—¿Jim Delaney? No tiene mucha suerte, amigo. Si, como imagino, Jim le debía algún dinero, no creo que le sea posible cobrarlo ya.

—Explíquese, por favor —rogó Bruce, desconcertado.

—Jim no contaba con muchas simpatías en el mercado, pero su caso ha causado una gran impresión aquí. Sí... Murió de una forma terrible.

—¿Murió?

—Verá, amigo: los frigoríficos están en el sótano. Todos nosotros utilizamos los compartimentos de abajo para conservar nuestras frutas, carnes o pescados de un día para otro. Hace diez días...

Según el vendedor, Delaney había llevado varias de sus cajas de fruta a los frigoríficos. Era muy tarde ya y, poco después, el encargado de los frigoríficos cerró los compartimentos, después de hacer sonar su sirena de aviso, en previsión de que alguna persona pudiera quedar encerrada dentro.

—Al día siguiente, el mismo Durham le encontró en uno de los compartimentos... congelado —terminó el hombre.

También Bruce se sentía frío, helado de espanto.

¿Era, en verdad, un accidente?

A pesar de todo, no podía creerlo.

—Es muy extraño —dijo con voz átona—. ¿Qué dijo la policía?

—Oh, nos han mareado a todos, durante unos días. Pero no creo que haya ninguna duda: fue un accidente. Jim debió sufrir un desmayo, cuando se encontraba en lo más profundo de las cámaras, y ello le impidió oír a tiempo el aviso de la sirena. No crea, amigo mío: ha ocurrido algunas veces. Tom Daberty penetró una vez, borracho como una cuba, en el frigorífico para carnes. Le entró sueño, se recostó en el muro y...

Bruce no siguió escuchando. Le repugnaba intensamente el tono ligero e incluso morboso que empleaba aquel hombretón para describir sucesos tan horribles.

Dio media vuelta, y le dejó con la palabra en la boca.

Dentro del coche, fumó un cigarrillo, en parte para calmar sus excitados nervios y también para intentar poner orden en sus ideas.

Para Mansfield, la muerte de Jim Delaney no se debía a una fatal casualidad. Bruce iba más lejos: Parini tenía espías en todas partes, no había dudas. Alguien había sorprendido a Jim Delaney hablando con Bruce, y las consecuencias estaban a la vista: el gángster se había librado del individuo que podía comprometerle.

Que Parini era más peligroso que una serpiente venenosa, saltaba a la vista: para desembarazarse de sus enemigos utilizaba los trucos más sutiles y sinuosos, de forma que un asesinato tuviera para la policía todas las trazas de un accidente.

Bruce fue serenándose poco a poco. Reflexionó, y comprendió que sólo podría desenmascarar a Parini y vengar la horrible muerte de los suyos con un derroche de paciencia, de trabajo y de astucia.

Almorzó en un *snack*, y pasó la tarde en la hemeroteca municipal, revisando periódicos atrasados. Cualquier noticia relacionada con Robert Parini, podía representar un dato precioso para el investigador.

Al anoecer, volvió a Valentine Row.

Tras dejar el coche en el garaje, penetró en la casa. El teléfono zumbaba sin cesar.

Se sentía muy intrigado cuando atravesó el salón y alzó el teléfono.

—Ah, por fin —dijo alguien, al otro lado del hilo—. He estado llamándole durante toda la tarde, Mansfield.

—¿Quién es usted, qué quiere? —Bruce no conseguía poner un rostro a aquella voz.

—¿No me recuerda? Soy Rolf Hardy. Le hablo en nombre del señor Parini.

Bruce se mordió los labios.

Rolf Hardy... ¡Aquel renegado policía, lacayo de un gángster!

—Está bien, ¿de qué se trata? —preguntó, haciendo un esfuerzo por controlarse.

—El señor Parini tuvo noticias de la desgracia acaecida a sus padres y su hermana, Mansfield. Usted sabe que el señor Parini mantiene unas relaciones muy amistosas con la policía, y usted lo es. Su filantropía es conocida por todos. Resumiendo, el señor Parini quiere hacer llegar hasta usted su más rendido pésame. Y al mismo tiempo ha decidido hacer más llevadera su desgracia con una pequeña donación: cien mil dólares para usted, Mansfield.

Bruce se ahogó.

¿Era posible que el cinismo de aquel criminal llegase a tal extremo?

La cólera bullía tan ardiente en su pecho, que, por unos instantes, Bruce fue incapaz de responder.

—¿Qué responde? —Se oyó la voz de Hardy—. Ah, ya, comprendo que se sienta emocionado. La generosidad sin límites del señor Parini...

—¡Váyase al infierno, Hardy! —rugió Bruce.

Y colgó de un manotazo tan violento, que el aparato saltó sobre la mesa.

Luego, se derrumbó sobre un diván y apretó la cabeza entre las manos.

Apenas podía concebirlo: Parini acababa de burlarse de él sangrientamente.

¿No suponía una burla hacerle llegar su pésame, cuando el mismo Parini había maquinado aquel triple asesinato?

El odio le dominó. Y una idea obsesionante se apoderó de él: tenía que matar a Parini, tenía que aplastar la cabeza de aquella

serpiente, cuanto antes.

No pensó entonces que un policía no puede tomarse la justicia por su mano, porque en aquel momento Bruce Mansfield no era un policía, sino simplemente el hijo de Josua Mansfield y de Helen, un hombre deshecho y amargado, lleno de rencor.

Decidido ya a buscar a Parini, una fría caíma se apoderó de él.

Se alzó del diván, puso en orden sus cabellos rojizos, y buscó en el escritorio de su padre, donde guardaba su pistola y la munición.

Revisó brevemente el funcionamiento del arma, introdujo un cargador en el brocal, y se echó al bolsillo otros dos cargadores de repuesto.

—Parini me teme —murmuró, al tiempo que apagaba la luz del vestíbulo y cerraba la puerta—. La prueba está en el ofrecimiento de esos cien mil dólares... *que me servirían de consuelo*.

Sacó el coche del garaje, y condujo locamente hacia el centro de la ciudad.

A las once de la noche, se encontraba en Vermont Street, en West Side.

Dejó el automóvil dos manzanas más allá, y volvió andando.

Robert Parini ocupaba una villa de dos plantas, en Vermont Street. La casa era una verdadera mansión principesca, rodeada de cipreses y vallada por una cerca de piedra, muy vistosa.

Era una auténtica fortaleza, un *bunker* inexpugnable, a pesar de su elegante aspecto.

Parini no utilizaba perros en la vigilancia de su mansión. Bruce conocía el motivo, como sabía otras muchas cosas, relacionadas con el importante personaje.

La verdad es que Parini odiaba a los perros. De pequeño, uno de aquellos animales le había contagiado la hidatosis, una enfermedad que transmiten los perros, y que produce el quiste hidatídico.

Pero los canes no eran imprescindibles. La cerca de piedra tenía casi cuatro metros de altura, el pequeño jardín estaba surcado por mecanismos de alarma, y todas las puertas y ventanas de la villa estaban dotadas de persianas blindadas, que hacían prácticamente imposible la intrusión de cualquier extraño en la casa.

Otra persona cualquiera hubiera abandonado la idea de penetrar allí. Pero Bruce Mansfield se sentía loco de odio y de ansias de venganza, y su idea se había grabado de forma indeleble en su

cerebro: había que matar a Parini, aunque fuese lo último que hiciese en su vida.

Por Otra parte, Mansfield estaba desesperado. Tras la muerte de los suyos, su hogar había quedado deshecho. ¿Qué le importaba todo lo demás?

Sobre otro intruso, Bruce poseía algunas ventajas.

Cumpliendo con su servicio, y con la vigilancia constante que mantenía el Board of Narcotics sobre Robert Parini, Bruce había visto transcurrir centenares de horas en la observación de aquella villa y de las personas que solían entrar y salir.

Ello le había permitido descubrir todo el sistema de seguridad del cual había rodeado Parini a su mansión.

La calle estaba solitaria. Muy de tarde en tarde pasaba algún automóvil, a velocidad reducida, para desaparecer en algunas de las villas de la silenciosa Vermont Street.

Bruce avanzó a paso normal hacia el callejón próximo, lindante con la cerca lateral de la mansión Parini.

A unos tres metros del muro se alzaba una línea de jóvenes álamos, de unos seis metros de altura.

Para escalar el muro que protegía la villa del gángster, había que contar con que el flexible tronco de uno de aquellos árboles resistiera el peso de Mansfield.

Bruce gateó ágilmente tronco arriba. Y cuando llegó a lo alto, se balanceó precariamente, en una oscilación pendular.

De repente, cuando el elástico tronco osciló sobre el muro. Bruce tomó impulso y se dejó caer sobre la parte superior de la pétrea valla.

Fue un aterrizaje doloroso, a la jineta. Pero consiguió quedar en equilibrio, cabalgando sobre el caballete, a pesar de que sus muslos quedaron despellejados y el pantalón roto.

Desde lo alto, observó la casa.

Las ventanas estaban protegidas por sus blindadas persianas corredizas, y sólo se veía luz en la puerta acristalada del vestíbulo, cubierta por una cancela de hierro.

Bruce se recostó sobre el caballete, y aguardó, inmóvil. No podía arriesgarse a penetrar en el jardín, pues los sensibles conductos de alarma que corrían entre los setos próximos a la tapia delatarían inmediatamente la presencia de un intruso.

Su plan era más fácil. Sencillamente, esperar a Robert Parini, que se encontraba aún fuera de su mansión.

Bruce sabía que, cuando la cancela exterior se abría automáticamente para dejar paso al automóvil de Parini o a los de sus empleados, el sistema de seguridad quedaba desconectado por unos segundos hasta que automóviles o personas cruzaran el sendero empedrado y llegasen a la casa.

Era un plan muy peligroso. Debería saltar al suelo en el mismo instante en que el coche de Parini penetrase en el jardín, con el lógico riesgo de ser descubierto.

Sólo le ampararía la oscuridad del jardín y la audacia de su decisión. En el momento de poner pie en tierra, debería correr a toda velocidad hacia la casa, antes de que el sistema de alarma fuera conectado de nuevo.

Los minutos pasaron con gran lentitud. Unos faros iluminaron, de pronto, el callejón, y Bruce se encogió sobre el caballete.

Afortunadamente, el automóvil pasó a gran velocidad, elevando tras sí una nube de polvo reseco.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener la tos. Por encima de la tapia, Bruce acababa de vislumbrar el chorro luminoso de dos faros.

Reconoció, sin esfuerzo, el «Continental» negro de Robert Parini, que se acercaba a reducida velocidad y finalmente se detenía ante la cancela.

Contuvo el aliento y se aplastó sobre el muro. De un momento a otro, la cancela se abriría automáticamente, y el automóvil iniciaría su corto recorrido a través del sendero, hasta la casa.

CAPÍTULO VIII

Nell se rebulló en el lecho, inquieta.

De sus labios brotaren palabras incoherentes, ininteligibles.

—Pobre Nell... —murmuró Bruce.

Y la apretó contra su pecho, la besó en la frente y murmuró tiernas palabras al oído de la joven hasta que ella volvió a tranquilizarse, y su respiración se tomó rítmica.

De nuevo los pensamientos de Bruce Mansfield volvieron atrás en el tiempo.

Había sido una estúpida locura, aquel intento de vengarse personalmente de Parini.

Cuando el enorme «Continental» penetró en el jardín, Bruce se dejó caer a tierra y corrió locamente tras los setos hasta que alcanzó la parte más alejada de la casa.

Quedó en tierra, aplastado sobre una de las rocallas que decoraban el bonito jardín de la mansión Parini.

Tan veloz había sido su carrera, que todavía tuvo tiempo para ver cómo Parini descendía del coche.

Una bella joven rubia, escasamente vestida, se unió a él, y Parini la abrazó por la cintura y juntos se fueron, riendo, hacia la casa, mientras Rank, el chófer-guardaespalda de Parini, llevaba el automóvil a su garaje.

El plan de Mansfield, como cualquier decisión dictada por los más tempestuosos sentimientos, no incluía la posibilidad de una retirada segura.

En realidad, ni siquiera había pensado en ello. Porque sólo deseaba ardientemente conseguir un objetivo: matar, exterminar a Parini. Adivinaba las consecuencias que seguirían a aquella loca acción, pero para Bruce todo lo demás carecía de importancia.

Rank, el chófer de Parini, regresó en aquel instante. Bruce le vio desaparecer a través de la puerta principal, y cerrar la cancela tras

sí. El chorro de luz que brotaba a través de los cristales se apagó, y todo quedó a oscuras.

Eran las doce treinta minutos. Bruce se dispuso a actuar.

Pero ¿cómo penetrar en aquella casa acorazada? Bruce sólo tenía una esperanza, basada en el hecho de que una casa que en pleno verano mantiene cerradas puertas y ventanas, forzosamente debe disponer de un sistema de acondicionamiento de aire.

No había acondicionadores normales, en puertas o ventanas. ¿Dónde estaba el conducto de aireación, pues?

Los tallos de las flores que adornaban la rocalla se agitaban levemente, a pesar de que no corría ni la más ligera brisa.

Bruce se incorporó sobre la rocalla, y apartó los altísimos tallos... ¡Allí estaba el conducto de aireación!

Habilidosamente oculta tras el macizo de flores, se encontraba una abertura de apenas medio metro de diámetro, cerrada por una fuerte tela metálica de alambre acerado.

El aire caliente que brotaba del conducto le dio en la cara cuando Bruce hurgó en el cierre, con una afilada ganzúa de acero.

Abrir la pequeña cerradura fue fácil. Lo difícil sería introducirse por aquel estrecho conducto.

Para ello, Bruce hubo de apartar la tapa de tela metálica con marco de hierro e introducir primero los brazos, extendidos hacia adelante, de forma que su espalda se estrechara.

Por desgracia, era muy difícil propulsarse hacia adelante con los pies. Las punteras de sus zapatos resbalaban una y otra vez sobre la pulida superficie tubular, y el aire caliente que pasaba ahora a mayor presión sobre él, le obligaba a sudar copiosamente.

«Llegaré al amanecer, y no habré avanzado un par de metros», pensó, desesperado.

Muy cerca, resonaba un rumor monocorde y continuo. ¿El motor del acondicionador de aire?

Siguió impulsándose hacia adelante con las uñas, con las rodillas, con los pies.

De repente, Bruce perdió apoyo, y tuvo la angustiosa sensación de que caía al vacío.

El golpe fue más escandaloso que doloroso. Apresuradamente, Bruce escapó del tramo de tubo que se había desgajado de lo alto, se puso en pie, y empuñó su pistola.

Transcurrieron algunos segundos. Bruce aguardaba, rígido, a que se produjera algún rumor, que delatase la proximidad de algún posible enemigo.

Pero sólo llegaba hasta él, en la oscuridad, el rítmico «run-run» del acondicionador.

Finalmente, se atrevió a encender el mechero, aunque fugazmente. A la débil llama del encendedor, vio el sótano, el mecanismo del acondicionador en un rincón, el techo cruzado por los enormes tubos de aireación...

Suspiró.

Sólo tenía una esperanza: que el estrépito provocado por la caída del tramo de tubo desgajado del conducto hubiera pasado inadvertido a los habitantes de la casa. Caso contrario...

Volvió a encender el mechero, y vio la puerta. Muy despacio se desplazó hacia allá, sin arrastrar los pies.

Pegado el oído a la puerta, trató de escuchar. Pero sólo pudo oír el alocado galopar de su propio corazón.

Poco a poco fue serenándose. Palpó la puerta en la oscuridad. Había un sencillo pomo, que Bruce hizo girar lentamente a la derecha.

La puerta se entreabrió unos pocos centímetros, chirriando levemente.

Una sonrisa de satisfacción se insinuó en sus facciones. Las cosas no iban tan mal como había imaginado. Claro que los gruesos muros de hormigón de aquel sótano habían atenuado el impacto metálico del tubo sobre el piso.

Para evitar que los goznes chirriaran, Bruce impulsó la puerta hacia arriba y hacia afuera, simultáneamente.

«¡Maldita sea! —pensó—. Debí traer una linterna».

Pero ya no era tiempo de lamentarse, sino de actuar. Y Bruce estaba firmemente decidido a llegar hasta el final.

Ascendió por la escalera, peldaño a peldaño. Cruzó una enorme cocina, alcanzó un pasillo alfombrado, y se encontró ante una amplia y moderna escalera.

Se detuvo. A su oído llegaba una música distante. Al parecer, Parini se divertía con aquella bella mujer rubia.

Subió, despacio.

Conocía a Rank, el guardaespaldas del gángster, y sabía que era un hombre peligroso.

Rank había sido juzgado por asesinato, aunque la causa se había sobreesido, por insuficiencia de pruebas.

Era un hombrón de casi dos metros, potente y musculoso como un cíclope. Y tenía un sueño muy ligero.

Era de suponer que Rank dormiría en una estancia no muy alejada del dormitorio de Parini.

Llegó arriba. La música sonaba ya muy próxima. Quizá provenía de alguna de las habitaciones, cuyas puertas daban al pasillo superior.

Era cierto. Bajo la segunda puerta, se filtraba una rendija luminosa tenue.

Bruce avanzó hacia la puerta, pistola en mano. No experimentaba entonces el menor remordimiento por lo que estaba dispuesto a hacer.

Le bastaba recordar la conversación telefónica, mantenida con Rolf Hardy, para que la furia y el rencor volvieran a inflamar su corazón.

Su mano derecha hizo girar despacio el pomo de la puerta, que cedió hacia dentro, sin un chirrido.

La tensión de Bruce cedió también, al comprobar que la gran sala de estar se encontraba vacía.

Una pantalla lucía en un rincón, junto al bar. Había dos puertas, una a la izquierda, cerrada, y otra a la derecha, entornada.

Se oyó una risa femenina, seguida de las carcajadas fuertes y rotundas de Parini.

A Bruce se le pusieron los pelos de punta. ¡Estaba a un paso de la venganza...!

Sin prisas, anduvo sobre el brillante suelo del salón, y se detuvo ante la puerta de la derecha.

Y luego, de repente, entró de un salto.

La rubia acariciaba el pecho de Parini con un dedito. Era muy joven y hermosa, y estaba completamente desnuda.

Parini se irguió de un respingo.

—¿Quién diablos...? —rugió, excitado. Pero se calló repentinamente.

La rubia no se inmutó, cuando la mirada de Bruce Mansfield

recorrió lentamente su cuerpo desnudo.

—Apártese —ordenó rudamente Mansfield—. Alguno de mis disparos podría alcanzarla.

La mujer se apartó de un cómico saltito, y retrocedió hasta que su espalda golpeó contra la pared.

En cuanto a Parini, estaba muy pálido, pero aun así intentaba sonreír.

—Vamos, vamos, amigo. Usted sufre algún error. Ignoro cómo ha conseguido penetrar en mi casa, pero...

Bruce avanzó algunos pasos, y elevó su pistola, con el brazo extendido, hasta que el rostro de Parini apareció a través de la mira del cañón pavonado.

—¿De veras no me reconoce, señor Parini? —exclamó con voz reconcentrada—. Está bien, se lo diré. Porque voy a matarle. Me llamo Bruce Mansfield.

La rubia dejó escapar un gritito.

—¡Espere! —chilló Parini—. Estoy dispuesto a confesar...

—¿Qué? —preguntó Mansfield, sin bajar su arma.

Un músculo tembló en el ancho rostro de Parini.

—No... dispare —balbuceó—. Estoy dispuesto a firmar una declaración por escrito.

—¿Está dispuesto a declarar que urdió una maquinación para asesinar a mi familia? —exclamó Bruce, incrédulo.

—Sí —afirmó Parini, tembloroso—. Pero tranquilícese. Su pistola... podría dispararse sin... querer.

Bruce vaciló.

Contemplaba con inmensa repugnancia a Parini. Dudaba entre dejarle confesar su crimen y... tomarse la justicia por su mano, puesto que aquel asesino acababa de confesar.

Algo cambió, de repente, en la expresión de Parini. Ya se volvía Bruce, cuando Rank se abalanzó sobre él, y le golpeó a culatazos en la cabeza hasta que sus rodillas se doblaron, la pistola cayó entre sus dedos, y él mismo se derrumbó de bruces sobre la moqueta que alfombraba el lujoso dormitorio.

CAPÍTULO IX

Sentía un horroroso dolor de cabeza y una tremenda angustia en sus entrañas.

Con gran esfuerzo, abrió los ojos. Y la luz le obligó a parpadear.

Frente a él, de pie, estaba el colosal Rank, contemplándole con una expresión aviesa en su rostro de antropoide.

La mujer había desaparecido, pero a los pies de la cama estaba Robert Parini, que se había puesto un batín, y observaba atentamente la pistola que tenía entre las manos.

Bruce se incorporó lentamente sobre el lecho.

Y comprendió que su aventura había tenido un desenlace completamente opuesto a sus planes.

Tragó saliva, se palpó con cuidado su cráneo machacado por el revólver de Rank y... saltó como un tigre sobre Parini.

Si imaginaba que iba pillar desprevenido al gángster, debió sufrir una ruda desilusión.

Porque Parini saltó hacia atrás, y Bruce cayó al suelo. Un momento después, Rank aplastaba sus costillas con su formidable corpachón.

Un solo puñetazo fue suficiente para lanzarlo, despatarrado, sobre el lecho.

Allí, Bruce decidió que todo estaba perdido, que lo más sensato era dejar rodar las cosas.

Pero Parini sonreía como una hiena.

Fue entonces cuando Bruce reconoció la pistola que el gángster tenía entre sus manos: era su «Walker».

Parini alzó con insidiosa lentitud el arma.

Luego, súbitamente, oprimió el gatillo varias veces, y las detonaciones atronaron los oídos de Mansfield.

Parini reía como un loco, mientras Bruce, estupefacto, se palpaba el pecho, en un indescriptible ademán, que traducía su loca

incredulidad.

Ni uno de los proyectiles de Parini le había alcanzado. ¿Se burlaba o, realmente, era tan detestable su puntería?

Los impactos habían abierto agujeros en el respaldo de nogal de la cama en la pared, en la almohada...

—¿No va a matarme? —preguntó Bruce, al cabo.

Parini volvió a reír.

—Usted es un gusano, Mansfield. ¿Ha visto alguna vez que las águilas se dediquen a cazar gusanos? No, los gusanos son para las pequeñas avecillas de corto vuelo, para aquéllas que viven a ras de tierra.

Miró a Rank y ordenó:

—Vigílate, Lee. Voy a hacer algunas llamadas telefónicas —ya se dirigía hacia la puerta, cuando se detuvo—. Adivino su desconcierto, Mansfield. Está preguntándose por qué no le mato, cuáles son mis intenciones... Pues bien, va a saberlo. Haré una llamada a la policía. Después, llamaré a Remington, uno de mis prestigiosos abogados. E incluso haré venir aquí al senador Douglas Finney. Voy a preparar toda la puesta en escena. No le dejes moverse, Lee.

Transcurrieron unos minutos.

Desde el lecho, encañonado por aquel bestia de Rank, Bruce podía escuchar la reposada y tranquila voz de Parini, telefoneando.

Luego, volvió al dormitorio.

Con un rápido gesto, arrojó la «Walker» sobre Bruce y gritó:

—¡Cójala!

Instintivamente, Bruce cazó la pistola al vuelo.

Apretó con rabia el gatillo. E incluso insistió... antes de comprender que el arma estaba descargada.

Antes de que pudiera reaccionar, Rank se inclinó sobre él y le golpeó en el cuello con el canto de su enorme y tosca mano izquierda.

Bruce cayó, desvanecido.

Cuando abrió los ojos por segunda vez en aquella noche, Parini le contemplaba burlón.

—Es usted demasiado ingenuo, Mansfield —dijo—. Le arrojé la pistola, libre de mis huellas dactilares, con el único fin de que usted dejara impresionadas las tuyas. Ahora, todo será más fácil. La

policía estará aquí dentro de unos minutos. Para remachar el efecto, vendrán también el senador Finney y mi abogado. ¿Puede imaginarse cuál será mi versión de los hechos?

—Podía ahorrarse todo ese teatro —respondió apagadamente Bruce—. No pensaba ocultar mi intención de matarle, canalla.

—Yo jamás me fío de lo que piensan o hacen los demás. Los impactos de bala, correspondientes a su «Walker», que hay en el muro y la cama, demuestran que usted quiso asesinarme. Y lo pagará, Mansfield, lo pagará muy caro.

Bruce rió sin ganas.

—¿Espera que la policía crea, a pie juntillas, que Bruce Mansfield es capaz de fallar con una pistola en la mano? Es usted estúpido, Parini. Soy el número uno de los policías federales de Nueva York en tiro con arma corta. Su chapuza será descubierta en seguida —respondió.

Parini se volvió de espaldas, y paseó de un extremo a otro del amplísimo dormitorio.

Luego se detuvo de improviso y señaló con un dedo a Bruce.

—Tiene razón —afirmó, satisfecho—. La policía se mostraría reacia a creer que usted falló, si verdaderamente deseaba matarme. Y eso acaba de sugerirme una espléndida idea.

Abandonó la estancia, sin dar ninguna explicación.

Cuando volvió, traía una botella de excelente *whisky* escocés en la mano.

—Hazle beber. Rank —ordenó—. Hasta que se emborrache. *Un borracho sí puede fallar sus disparos*, aunque sea el mejor tirador del mundo. ¡Oblígale a beber, Rank!

Mansfield se sentía muy maltrecho. Incluso así, trató de resistirse, escapar...

De nada le valió. El corpulento Rank le «cazó» al borde del lecho, con un golpe en la nuca que puso sus ojos en blanco.

Rank tomó la botella y hundió el gollete entre sus labios.

A punto de ahogarse y medio inconsciente, Bruce Mansfield tragó y tragó el *whisky* a borbotones, hasta que perdió de nuevo el conocimiento.

Fue una época muy desagradable.

A la humillación recibida por parte de Parini, se unía la rabia y

la impotencia.

Cierto que recibió una enorme ayuda del Board, cuyos hombres se volcaron en organizar una colosal operación para librar a Mansfield de la prisión y del desprestigio total.

Gracias a la inteligencia de sus camaradas, Mansfield consiguió evitar el proceso.

Se esgrimieron argumentos válidos: la tragedia que había sumido a Bruce en la desesperación, el alcohol, que había borrado todo vestigio de voluntad, la obsesión, que le había llevado — equivocadamente, como tuvieron que anotar los

G-Men

— a ver en Robert Parini al causante de toda su desgracia.

Sin embargo, no fue posible evitar que Bruce Mansfield fuera separado del servicio por todo un largo año. Doce meses, durante los cuales su conducta fue observada y seguida estrictamente para comprobar si debía ser readmitido al servicio del Board of Narcotics, o, por el contrario, separado definitivamente de la organización de la policía federal.

No fue fácil olvidar todo lo pasado. De hecho. Bruce jamás lo olvidó. Pero consiguió adormecer sus recuerdos, su rencor y su rabia.

Al cabo de aquel año, fue readmitido al servicio del Board. Por desgracia, su nuevo destino estaba muy alejado de la ciudad de Nueva York y, por tanto, de Robert Parini.

Transcurrieron otros tres años. Durante aquel tiempo, Mansfield llevó a cabo numerosos servicios antidroga, en diversos países europeos. Y en la misma proporción se elevaron su experiencia y su prestigio dentro de la organización federal de narcóticos.

Fue un momento decisivo aquél. Muchas cosas habían cambiado en el mundo y muchas también en su propio país e incluso en el seno del FBI.

En primer lugar, había muerto John Edgar Hoover, el famoso y discutido director de la agencia federal.

Se respiraba una atmósfera nueva, más liberal y dinámica, en los altos niveles del FBI.

Bruce aprovechó aquella situación para solicitar su vuelta a los Estados Unidos.

Y lo consiguió, sin mayor esfuerzo.

Tampoco fue difícil conseguir que su destino fuera, precisamente, la ciudad de Nueva York.

En Nueva York estaba Robert Parini, el hombre al que no había conseguido olvidar, al que odiaba por encima de todas las cosas, incluso por encima de su vocación de policía federal.

CAPÍTULO X

El sueño de Nell era ahora tranquilo y apacible. Completamente relajados sus músculos, laxos sus nervios, ella dormía profundamente, abandonada en los brazos de Bruce Mansfield.

Pero el hombre no podía dormir.

¿Qué hora era? Soltó a Nell, sacó el brazo y miró la esfera fosforescente del reloj.

Las manecillas marcaban las cuatro y veinte de la madrugada. Quizá demasiado tarde para conciliar el sueño ya. Y demasiado pronto para levantarse, para abandonar la tibia proximidad del cuerpo de Nell.

La amaba, la quería profunda y absolutamente. Sin embargo, jamás lo demostraba, jamás daba rienda suelta a sus sentimientos.

¿Por qué...?

Bruce no quería involucrarla en su vacía e inútil vida. Supuesto que a él sólo le interesaba la venganza, de la que había hecho su centro y su objetivo final, Mansfield suponía que, en verdad, no tenía derecho a amar a aquella bellísima mujer, que se le había entregado con toda la sencillez del mundo, sin exigir nada a cambio.

Pero además estaba el peligro. Bruce era consciente de que su vida estaba en peligro de muerte desde que se apoderara del cargamento de heroína que transportase la balsa *Great Adventure* a través del Atlántico.

Si Parini llegara a saber que Nell le había pasado la información referente al cargamento de la balsa, la vida de la joven estaría amenazada.

Tornó a abrazarla contra su pecho. La proximidad de la joven ponía un hormigueo intenso en su sangre, como un repentino y salvaje espolazo al deseo carnal.

Bruce la había conocido dos meses después de volver a Nueva

York.

Nell había sido llevada al hospital de Brooklyn, en gravísimo estado.

¿El motivo? Una dosis tan fuerte de LSD que estuvo a punto de costarle la vida.

El centro médico tuvo que denunciar el sobreconsumo de drogas que había dado lugar al gravísimo estado de Nell Payne, una de las muchachas que integraban el famoso *ballet* Temptation, y Bruce Mansfield fue a entrevistarse con ella dos semanas más tarde, cuando ya la joven se había recuperado considerablemente.

Bruce había imaginado que iba a encontrarse con una mujer corrompida, desenvuelta y cínica.

Pero la guapa joven con la que se entrevistó, en una habitación del hospital, era simplemente una muchacha tímida, desesperada e incluso ingenua.

Por supuesto, el motivo que llevaba al policía allí era tratar de averiguar algo sobre el proveedor de narcóticos que había vendido el LSD a Nell Payne.

En cuanto a ello, la realidad fue que Bruce no consiguió mucho: Nell había adquirido tres dosis en un *snack* de Broadway, a un individuo cuyas señas, personales apenas pudo precisar.

En cualquier caso, se trataba de un traficante sin importancia, a través del cual —en caso de conseguir su identificación y captura— sería difícilísimo llegar a niveles más elevados en la organización de distribución de estupefacientes.

Bruce, sin embargo, recibió una intensa impresión de Nell Payne en aquella primera entrevista.

Poco a poco, a fuerza de cordialidad y de tacto, consiguió que ella se fuese sincerando.

Su problema era patético y simple a la vez: todos los hombres con quienes se había relacionado veían en ella únicamente un precioso, perfecto y adorable objeto de placer.

Pero todos los objetos llegan a fatigar, y Nell se veía pronto rechazada, e incluso menospreciada y humillada.

Desde luego, sus antecedentes no podían ser más tristes: hija de un neoyorquino borracho y de una portorriqueña entregada a la prostitución en Harlem, Nell había frecuentado los reformatorios de menores durante su adolescencia.

Había sido explotada en varios burdeles, utilizada y tratada como una bestia de la que se obtiene un cuantioso rendimiento. Todo ello, hasta que Nell decidió alejarse de aquel ambiente y hacerse una vida nueva, a su medida.

—Empecé cantando y bailando en pequeños teatros de provincia, hasta que reuní algún dinero para asistir a unas clases de danza. Luego, todo fue más fácil, aunque tuve que claudicar muchas veces hasta ser admitida en el *ballet* Temptation. Creí que todo sería distinto a partir de entonces, pues el Temptation ha recorrido las principales ciudades del país y sus bailarinas perciben excelentes sueldos. Entonces conocí a Brad Harris...

Harris era un joven pero mediocre actor de Broadway. Aquel nombre le sonaba a Mansfield y, poco después, recordó el motivo: Parini tenía negocios en el teatro y había sido el mecenas que elevara de la nada a Brad Harris, a fuerza de dinero.

El motivo de aquella deferencia de Parini para Harris era el parentesco: ambos eran primos.

El caso era que Brad Harris había cortejado y seducido a Nell Payne, bajo promesa de matrimonio. Después, cuando se cansó de ella, se lo dijo claramente:

—Fue un error, Nell. He comprendido que no podría vivir contigo. Lo mejor es que lo dejemos. Nada queda por hacer.

Nell se había hecho ciertas ilusiones, y el golpe fue demasiado doloroso. Insistió, se humilló, e incluso amenazó.

Pero todo fue inútil. Sus protestas sólo sirvieron para que Brad Harris se cebara en ella:

—Vamos, vamos, Nell, ¿cómo pudiste imaginar que iba a casarme con una mujer... como tú? Desde el principio supe que tu cuna había sido un lupanar Vete. Y no vuelvas a insistir.

A Bruce no le resultó difícil comprender que la administración de una fortísima sobredosis de LSD no había sido un accidente o simple ignorancia del peligro de los narcóticos por parte de Nell.

Sencillamente, ella había intentado quitarse la vida. Estaba harta, harta, harta de todo y de todos. Y había escogido el camino más directo para borrar de su horizonte todo cuanto le desagradaba.

A Mansfield le interesó una circunstancia sobre cualquier otra consideración: Brad Harris era primo de Parini.

Era lógico imaginar que Nell querría vengarse de Harris. Y

Mansfield podía utilizar a la muchacha en su propio beneficio.

A partir de la primera entrevista, Bruce visitó a Nell Payne en el hospital todos los días.

Supo ganarse su simpatía y su confianza, e incluso podría asegurarse que supuso para ella un «motor de arranque» nuevo y potente, que la impulsó a desear vivir de nuevo.

Sin embargo, ocurrió algo que estaba fuera de programa. Es decir, Nell se enamoró de él. Y Bruce se sintió irremisiblemente atraído por ella, hasta el extremo de descuidar su servicio.

Finalmente, Bruce tuvo que confesarse a sí mismo que amaba a aquella preciosa mujer apasionadamente. Pero jamás se lo confesó a ella.

A tales alturas, no podía permitirse el lujo de ser sincero. ¿Cómo confesar a Nell que, en principio, sólo había pensado en utilizarla?

Ella lo había dicho claramente, lamentándose: «*Siempre me han considerado un objeto...*». Y Mansfield debía admitir la misma culpabilidad, aunque en distinto sentido.

A Bruce no podía negársele que había conseguido muchas cosas positivas: aparte del interés humano de animar a Nell a vivir de nuevo, había logrado que ella se mostrase indiferente y altiva con Brad Harris, lo que obtuvo el efecto que Mansfield perseguía: poco después, Harris parecía sentirse atraído nuevamente por la bella *miss* Payne.

—La venganza es hermosa —decía Bruce a Nell—. Ahora tienes a ese maniquí a tu capricho. Puedes hacer de él lo que quieras.

—Pero yo sólo te amo a ti, Bruce —respondía ella, apasionada.

En cualquier caso, Bruce se las arregló para conseguir que ella siguiese próxima a Brad Harris.

Por entonces, los agentes del Board of Narcotics en el norte de África, enviaron un aviso urgente a Nueva York:

—Tenemos indicios de que en la costa atlántica marroquí se prepara un alijo de heroína de gran importancia, cuyo valor en Marruecos puede alcanzar quince o tal vez veinte millones de dólares. Desconocemos su destino, pero mucho nos tememos que una cantidad tan enorme de estupefacientes solo pueda tener uno: Estados Unidos.

El Board alertó a todos sus hombres. Excepto a uno de ellos: Bruce Mansfield.

El motivo era obvio. Harold Drumber había ascendido a director del Departamento.

Cuando Bruce se entrevistó con él, la decisión de Drumber fue inapelable:

—Sabemos que Parini es culpable de muchos crímenes, entre los que se cuenta el tráfico de narcóticos al por mayor, si bien no hemos podido demostrar, ante los jueces, ni uno solo de sus delitos. Pero yo también sé que usted, Mansfield, tiene motivos de rencor personal contra él. Eso es inadmisibile en nuestra organización. Sabe que, personalmente, le aprecio mucho. Incluso voy más lejos: intuyo que usted tenía razón cuando declaró que Parini estaba detrás de la muerte de sus padres y su hermana, Bruce. Pero no puedo acceder a su petición. Considérese apartado de todo servicio hasta nueva orden.

Pero Bruce estaba dispuesto a trabajar por su cuenta, por encima de cualquier otra consideración.

Solo, en la villa de Valentine Row, meditó profundamente en aquel asunto.

En Nueva York, sólo había un hombre que poseyera dinero y audacia suficiente para comprar un cargamento de heroína tan importante. Y ese hombre no era otro que Robert Parini.

Sin embargo, el problema consistía en averiguar a través de qué medio de transporte llegaría el alijo a Nueva York, si los contrabandistas no elegían otro lugar de destino menos vigilado y comprometido.

A partir de aquel día, Mansfield vigiló sin descanso a Parini. De lejos, por supuesto, pero tan estrechamente que ni uno solo de los pasos que daba el gángster, a lo largo del día, pasaba desapercibido para el policía.

Simultáneamente, llevaba un registro del movimiento portuario, e incluso de la llegada a Nueva York de cualquier transporte especial, bien fuera una colosal pieza para un reactor nuclear o un cargamento de esculturas italianas con destino a cualquier exposición.

Tomó nota de la llegada al puerto de Atlantic City de aquella balsa, la *Great Adventure*, tripulada por un pintoresco grupo de chalados. Pero no le atribuyó la menor importancia, aunque anotó el hecho en su cuaderno de notas.

Pero aquella misma tarde, Nell le telefoneó con urgencia.

—Brad Harris nos ha buscado un trabajo extra: entretener a un ilustre visitante llamado Alex Grimmon. Ignoro quién es, pero Brad ha invocado el nombre de Robert Parini para que aceptemos la invitación. Nos pagarán... ¡dos mil dólares a cada una de las chicas que asistamos a la fiesta que se celebrará, de madrugada, en el Crookan Building! Naturalmente, yo he aceptado, suponiendo que podría averiguar algo que te interesase.

—Muy bien. Ve. Yo permaneceré en casa. Llámame si averiguas algo —respondió Bruce, intrigado.

Era extraño. No para cualquiera, que sólo vería en aquella fiesta el deseo de la Radial Publishers Co. —Parini— en agasajar al patrón de la *Great Adventure*, como protagonista de la hazaña de la que hablaban todos los medios de información.

Para Mansfield, sí.

Pero más inquieto se sintió aún cuando uno de los porteros del edificio Crookan —al que había sobornado para obtener cierta información— le telefoneó para enterarle de que Robert Parini había convocado apresuradamente una convención de publicistas en la planta vigésimo octava del Crookan Building, que sería seguida de un animado *party*.

La información incluía una lista de los personajes que acudirían a la convención. Y, según pudo comprobar Mansfield, todos aquellos individuos estaban unidos a Parini por negocios sometidos a vigilancia por parte de la policía federal.

Si se unían aquellos datos, podía llegarse a una conclusión: existía cierta posibilidad de que la balsa *Great Adventure* tuviera alguna relación con el alijo de heroína que habían anunciado los agentes destacados en África.

A las diez y media, Bruce telefoneó al Californian Theatre, y consiguió comunicación con Nell Payne.

—Me refiero a esa fiesta en honor de Alex Grimmon, Nell. Procura ganarte la confianza de Grimmon, sonsacarle. Hazle beber, si es necesario. ¿Lo harás? —terminó, muy excitado.

—Eres extraordinario, Bruce —respondió ella—. ¿No te sientes celoso? Ya sé que nunca me has dicho que me quieres, pero... En fin, es posible que tenga que transigir con los deseos de Alex Grimmon, sean cuales fueren.

Bruce respingó, inquieto a su pesar.

—Vamos, vamos, Nell, nada de eso será necesario. Y sabes que estoy loco por ti. No te descuides, y procura hacer cuánto te he dicho —encareció.

—Lo haré —respondió ella, lacónica.

Bruce se dispuso a aguardar con paciencia que fuesen transcurriendo las horas, a la espera de que se produjesen los acontecimientos..., en el caso de que sus sospechas fuesen acertadas.

Conectó el televisor y se dejó caer en un diván.

La cadena ABC estaba ofreciendo una entrevista con Alex Grimmon, el héroe de la balsa *Great Adventure*.

Y luego, ante la sorpresa de todos los que se encontraban en el muelle y del propio Mansfield, la balsa comenzó a hundirse lentamente hasta que desapareció bajo el agua.

¿Cómo era posible que la rústica embarcación se hundiera ahora, cuando había resistido una ruda travesía de casi cuatro mil millas a través del océano Atlántico?

No supo qué responderse a aquella pregunta. Pero la inquietud que experimentaba le obligó a pasear sin descanso, de un extremo a otro del solitario salón.

Por un momento, le pareció ver a su padre, Josua, inclinado sobre la mesita, próxima a la chimenea, donde cada noche ordenaba su colección de sellos.

Y a su madre, la dulce y hogareña Helen, con sus cabellos grises, contemplando amorosamente a su esposo.

Cerró los ojos y se restregó los párpados.

Volvió a abrirlos y comprendió que todo había sido una fugaz alucinación dictada, quizá, por el amor que siempre había sentido por los suyos, y por la soledad que ahora le rodeaba.

Sólo una persona era responsable de su soledad y del rencor que ahora agitaba su pecho y dominaba todos sus pensamientos: Robert Parini.

Ardientemente, Bruce deseó que sus sospechas tuvieran fundamento. Nada le haría sentirse más satisfecho que hundir a Parini, que conseguir su completa ruina y su prisión por vida.

Las horas pasaron con una lentitud aterradora. Los nervios de Bruce estaban a punto de saltar, tensos por la larga espera.

Hacia las cuatro de la madrugada, había consumido media docena de *whiskys* y comenzaba a desesperar de que Nell le telefonara. Lo más probable era que ninguna información positiva hubiera obtenido de Alex Grimmon, que sólo estaría propicio a pasar una noche alegre y movida, en compañía de un grupo de bellezas seleccionadas.

A las cuatro y diez, el teléfono comenzó a repiquetear impacientemente.

Bruce se arrojó sobre él de un salto, literalmente hablando. Su gesto fue tan vehemente al tomar el auricular, que se golpeó con el aparato en el lóbulo de la oreja.

—¿Nell? ¡Sí, sí, habla! —chilló.

—Esto es una bacanal repugnante, Bruce. Pero ya te explicaré con más tranquilidad... Escucha —la respiración de Nell era densa y jadeante—, he logrado sonsacar a Grimmon. Está borracho perdido y fatigado hasta las heces de compañía femenina. Me ha dicho algo tremendo...

—Dilo —exigió Bruce, impaciente.

—Grimmon asegura que hay un centenar de bidones llenos de aire ocultos bajo el mimbre y la anea que forma la balsa. Los bidones han asegurado la flotación de la embarcación a lo largo de su singladura. Pero además... ¡contienen heroína por valor de veinte millones de dólares!

CAPÍTULO XI

Cuando Bruce colgó el teléfono, una pregunta le obsesionaba... ¿Habría tenido tiempo Parini de rescatar el alijo de estupefacientes de los bidones de la hundida *Great Adventure*?

—No es razonable —decidió—. Es muy difícil realizar durante la noche un trabajo como éste.

Mansfield conocía su deber: telefonar al Board, poner en conocimiento de Harold Drumber cuánto sabía.

Ya se disponía a marcar el número cuando se interrumpió. No podía informar a su jefe. El mismo Drumber lo había decidido: Bruce Mansfield quedaría fuera del juego.

Paseó, muy nervioso y excitado, intentando hallar la solución más conveniente. Y, finalmente, se decidió.

Podía recurrir a los servicios del Club de Submarinistas, al que pertenecía desde muchos años atrás.

Uno de los hombres más destacados del club era Lionel Freeman, al que le unía una buena amistad, Freeman era, por otra parte, el tipo idóneo para un trabajo así: aventurero, decidido y discreto.

Le llamó. Freeman estaba durmiendo, naturalmente, y en principio no pareció comprender muy bien cuanto Mansfield le decía.

Pero accedió a aguardar a su camarada en su apartamento de la 50th Street.

A continuación, Bruce marcó el número de un garaje del Bronx.

—Lo siento, señor Mansfield —respondió el vigilante nocturno—. Pero las oficinas no se abren hasta las cinco de la madrugada. No podré entregarle el camión hasta que llegue Stanley, el encargado del alquiler de vehículos.

—De acuerdo —accedió Bruce—. Diga a Stanley que tenga preparado un camión pequeño, como de cinco toneladas. Mis datos

son los siguientes..., ¿quiere tomar nota?

Mansfield abandonó inmediatamente la villa de Valentine Row, y condujo a gran velocidad hacia la 50th Street.

Era una carrera contra reloj. Debía exprimir cada minuto, cada segundo, si quería adelantarse a Parini en aquella peligrosa competición.

Freeman se había duchado y vestido ya, y le condujo hasta la cocina de su diminuto apartamento, donde estaba haciéndose el café.

Bruce comenzó a explicarle el asunto sin perder tiempo.

—Se trata del rescate de un alijo de heroína, hundido en la dársena de Atlantic City. La droga está escondida en bidones metálicos, disimulados bajo la apariencia de una balsa. Será necesario emplear soldadura oxiacetilénica para abrir los bidones. Por otra parte, necesitaríamos un par de hombres más, Lionel. Tú conoces a todos los socios del club. ¿Podrías obtener la ayuda de dos submarinistas expertos, discretos y de confianza...?

—Tom Rabitt y Glen Anderson. Respondo por ellos. Les avisaré —respondió Freeman, dispuesto a telefonar.

A las 4,40, Freeman y Mansfield se dirigían al Bronx para recoger el camión que Bruce había encargado.

Entretanto, Rabitt y Anderson se trasladaban a las instalaciones del Club de Submarinistas para recoger del almacén el equipo de inmersión y de soldadura subacuática necesario.

Todavía tuvieron que aguardar diez minutos en el garaje, tiempo que Bruce empleó en rellenar el boletín de alquiler.

A las cinco en punto llegaron Rabitt y Anderson con el equipo. Cinco minutos después, aparecía Ed Stanley, el encargado del alquiler de vehículos del garaje Cini-Stanley.

A las 5,15, Bruce se ponía al volante del «GMC» de cinco toneladas y arrancaba en dirección al sur, con destino a Atlantic City.

El camión iba convenientemente cubierto por un toldo, bajo el que viajaban Rabitt y Anderson, dos jóvenes deportistas muy experimentados en inmersión submarina.

Una cierta inquietud asaltaba a Bruce. Aunque no de forma específica, había dado a entender a sus camaradas del Club de Submarinistas que la misión que se disponían a acometer guardaba

relación con su servicio en el Board of Narcotics, cuestión que no respondía a la verdad.

—Nadie resultará perjudicado con ello —se dijo, con el único fin de tranquilizar su conciencia.

Apretó el acelerador en cuanto accedieron a la Estatal. El potente motor del «GMC» alcanzó pronto las cien millas por hora.

Empezaba a amanecer cuando aparecieron, en la lejanía, los suburbios de Atlantic City.

A través de East Road, la carretera que circunvalaba Atlantic City, el camión llegó hasta la dársena.

La balsa se había hundido en el muelle 15, destinado a embarcaciones deportivas y cargueros de pequeño tonelaje.

Pero justamente en el punto indicado, Bruce distinguió el brillo apagado de un gran automóvil oscuro. Una puntita luminosa brilló tras el enorme cristal parabrisas.

Bruce no podía ver nada tras el cristal, pero no era difícil suponer que un par de hombres armados montaban guardia en el muelle, siguiendo órdenes de Parini.

¿Cómo librarse de aquellos individuos?

No sería fácil sorprenderlos y, mucho menos, convencerlos para que salieran del automóvil.

Sólo quedaba una solución, a la desesperada. Pero Bruce Mansfield no tenía tiempo suficiente para buscar otra. Y no dudó en llevarla rápidamente a la práctica.

Metió la primera velocidad y giró el volante, como si se alejara. Para acelerar a fondo y volver contra el automóvil lateralmente.

No pretendía asesinar a aquellos individuos, y por ello procuró que el camión entrara en colisión contra el portaequipajes del automóvil.

Resonó el estruendo de las chapas arrugadas. El automóvil oscuro giró violentamente, rodó sobre sí mismo y se precipitó a las oscuras aguas de la dársena.

Freeman pronunció una maldición con voz sorda.

—No me gusta esto, Bruce —murmuró, espantado.

—Son criminales, sólo criminales. Nos hubieran ametrallado, si yo les hubiera dado tiempo —respondió Mansfield, con dureza—. Pero no temas: no les dejaré ahogarse.

El camión habíase detenido bruscamente a dos metros del borde

del muelle.

Bruce saltó a tierra y asomó a la dársena.

El automóvil estaba hundiéndose velozmente. Pero a diez metros de allí, dos bultos braceaban en el agua con un sordo chapoteo.

Los dos individuos habían tenido la serenidad suficiente para abrir una portezuela antes de que el vehículo se hundiera, y ahora nadaban hacia la línea de yates amarrados a unos cincuenta metros.

Por un momento, Mansfield estuvo a punto de dejarlos marchar. Pero comprendió que el éxito de la operación dependería de que no se produjera la menor interferencia.

Por eso corrió hacia los yates, y saltó silenciosamente sobre uno de ellos.

A la incierta luz del amanecer, pudo distinguir los dos cuerpos, que chapoteaban muy próximos.

—¡Animo! —gritó—. Yo les ayudaré. ¡Agárrense!

Los forzosos náufragos se aferraron desesperadamente al cabo que Mansfield acababa de lanzarles.

—Despacio, ¡despacio! —aconsejó cuando los dos hombres intentaron alcanzar a la vez la cubierta del yate—. Ahora ya no hay peligro. Suban uno a uno, o el cabo se me irá de las manos.

El primero de ellos llegó arriba, estornudando y maldiciendo como un energúmeno.

Bruce soltó tranquilamente el cabo, sacó su pistola del bolsillo y derribó de un culatazo, sobre cubierta, al tipo que estaba renegando.

También el otro vociferaba desde el agua.

—Pero... ¿qué diablos hace? ¡Agarre el cabo! —rugió, atragantándose.

—¡Voy, voy...! —respondió Bruce—. Su amigo resbaló y estuvo a punto de caer, por eso tuve que soltar. ¡Ahora! ¡Tire fuerte!

El segundo desconocido llegó arriba jadeando como un gozquecillo y se dejó caer, extenuado, sobre cubierta.

Pero inmediatamente descubrió el cuerpo de su camarada, inmóvil, y trató de incorporarse de un salto.

—¡Eh, oiga! ¡Usted es...!

El cañón de la pistola de Mansfield cayó salvajemente sobre su frente, y el hombre se derrumbó bruscamente sobre las maderas.

El resto fue muy breve.

Mansfield ató a los dos hombres entre sí con el cabo y, tras forzar la escotilla del yate, les dejó en la cabina.

Entretanto, Freeman había acercado el camión hasta la escalera que descendía al muelle de botes, y sus compañeros bajaban el equipo.

Rabitt y Anderson se sumergieron para hacer una inspección. Volvieron poco después, anunciando que la balsa permanecía entre dos aguas, a poco más de cinco metros bajó la superficie.

Uno de los botes fue desamarrado y dirigido hacia allá. En total, la operación duró una hora y cuarto.

Un perfecto trabajo combinado: Rabitt y Anderson abrían las tapas de los bidones sirviéndose del oxicorte submarino. Freeman llevaba los paquetes impermeables hasta la superficie y Mansfield los transportaba en el bote hasta el camión.

El trabajo fue agotador para los cuatro hombres, pero antes de que sonase la sirena, que anunciaba el inicio de la jornada portuaria, el alijo completo estaba cargado en el camión.

—Un excelente servicio —alabó Bruce, cuando los cuatro hombres se reunieron en el muelle—. Es posible que, dentro de algún tiempo, el Board pueda reconocer públicamente vuestros méritos, amigos.

Pero Freeman movió la cabeza. Sonreía.

—No, Bruce. No queremos que nuestros nombres aparezcan en los diarios. Lo hicimos por ti, que eres un amigo. Y eso es todo.

—Gracias —respondió escuetamente Mansfield. Y regresaron a Nueva York.

CAPÍTULO XII

Bruce despertó, sobresaltado.

¡Se había dormido! Al fin, la fatiga le había vencido tras las largas horas en vela.

Miró el reloj. Eran casi las siete de la mañana.

A través de las ventanas, llegaba el estrépito característico de una mañana cualquiera en un barrio de Nueva York.

Miró a Nell.

Ella dormía como un ángel, abrazada a él, con una expresión serena y apacible que obligó al hombre a exhalar un suspiro.

Era una pena tener que dejar a aquella mujer. Era lamentable sacrificar el amor que sentía por ella... a cambio de la venganza.

Bruce se decidió bruscamente. Era la única forma de sustraerse a la atracción que Nell ejercía sobre él.

Muy despacio, separó la ropa de la cama, sacó las piernas y se incorporó.

Nell se agitó un instante, como si, incluso en sueños, pudiese adivinar que él iba a dejarla.

Rígido, Bruce aguardó hasta que ella volvió a quedar inmóvil.

Se vistió despacio para evitar que sus ropas crujiessen o que la silla chirriase, al ser desplazada.

Ansiaba una ducha, pero no se decidió a penetrar en el aseo contiguo, temeroso de que ella despertase.

Mientras se peinaba en la semipenumbra que reinaba en el dormitorio, Bruce pensó, con sarcasmo, en Robert Parini.

El «rey del mundo» ni siquiera sospechaba que Bruce Mansfield fuera el responsable de todas sus actuales preocupaciones.

Se preguntó qué ocurriría si Parini supiera la verdad.

—En cualquier caso, no tardaré en conocer su reacción —se dijo.

Terminó de vestirse, y dirigió una última mirada a Nell.

Algo pareció ablandarse dentro de su corazón. Sin poder

controlarse, Bruce rodeó la cama, se inclinó y besó suavemente a Nell en los labios.

Y ella abrió los ojos y le abrazó desesperadamente.

—¡Bruce, Bruce! —gimió con voz desgarrada—. ¡Ibas a marcharte!

—Tengo algo que hacer —respondió él, contrariado—. Pero no temas: volveré.

—¿Cuándo? —quiso saber ella, anhelante.

Mansfield desvió la mirada.

—Tal vez esta misma noche, tal vez mañana. Pero vamos, Nell, no tienes que preocuparte. La señora Groovie cuidará de ti. Aquí estás segura.

—¡No quiero seguir aquí! —protestó ella, fervientemente—. No quiero permanecer sola, encerrada, como una delincuente. ¡Llévame contigo, Bruce!

Tomó el mentón masculino y le obligó a mirarla.

—Hay una sombra en tus ojos, Bruce —dijo ella, con miedo—. ¿Qué te propones?

—Nada importante. Sabes que soy un policía. Debo cumplir con mi servicio. Vendré por ti.

—Pero yo..., ¡yo tengo miedo, Bruce! En realidad, estoy aterrada. Sé que ellos me buscan por todas partes. Y también que terminarán encontrándome. ¿Qué puedo esperar, entonces...?

Era tan patética su expresión, tan tangible su espanto, que Bruce se sintió profundamente impresionado.

En aquel momento, Mansfield deseó, con toda su alma, abrazar a Nell, tomarla de la mano y huir lejos, muy lejos, hacia algún lugar ignorado y tranquilo, donde poder amarla con todas sus fuerzas.

Pero, anteponiéndose a todo, estaban las sombras, los espectros de Josua, Helen y Katie Mansfield, que clamaban por la venganza.

Y Bruce no cedió a la llamada que le enviaban los limpios ojos de Nell Payne.

—Confía en mí. Esto no durará mucho. Quizá un día, dos... Luego, no tendrás ya que seguir ocultándote. —Bruce trataba, por todos los medios, de que su voz sonara con tono convincente.

Hubiera insistido de nuevo para que Nell se acogiera a la protección de la policía, pero finalmente desistió de hacerlo.

Ella no confiaba —quizá de forma instintiva— en la protección

policiaca. E incluso el propio Mansfield desconfiaba de que las fuerzas de la ley pudieran ofrecer a Nell una protección eficaz contra el poderoso Parini, capaz de sobornar las más reacias voluntades gracias a su dinero.

Ella se quedó triste y silenciosa.

Bruce volvió a besarla y se despidió:

—Dispones de un teléfono, Nell. Si necesitas ayuda, si advirtieses algo anormal, llama a mi casa de Valentine Row. He instalado un registrador automático, de forma que, aunque yo no esté allí, tu voz quedará grabada. Adiós.

Salió al pasillo.

No había nadie. Claro que las «chicas» de la señora Groovie «trabajaban» hasta altas horas de la madrugada, y ello las obligaba a descansar hasta cerca del mediodía.

Ya se disponía a abrir la puerta encristalada que comunicaba con el amplio salón, cuando escuchó voces varoniles.

Aguardó, expectante.

Oyó la voz, irritada y nerviosa, de la señora Groovie, que repetía machaconamente:

—¿Cómo debo decírselo? No conozco a esa Nell Payne. No, no, jamás he visto a esa chica...

Bruce giró el pomo y abrió la puerta apenas unos centímetros. Lo suficiente, sin embargo, para atisbar a través de la rendija y ver a los dos hombres que estaban en el salón con la señora Groovie.

La obesa maestra de meretrices tapaba parcialmente a uno de ellos. A pesar de lo cual, Bruce pudo comprobar que los dos individuos eran jóvenes y vestían prendas muy modernas y elegantes.

Finalmente, la señora Groovie empujó a los dos jóvenes hacia el vestíbulo, y su voz se fue apagando.

Cuando la mujer volvió, pareció muy sorprendida al encontrarse con Mansfield en el salón.

—Ah, buenos días, señor Mansfield. ¿Ha dormido bien?

—Vayamos al grano —respondió Bruce, brusco—. ¿Quiénes eran esos?

La señora Groovie le miró fijamente.

—Luego oyó nuestra conversación... —dijo. Y añadió, sonriente—: Habrá comprobado, entonces, que me expongo demasiado por

los trescientos dólares que me dio. Esos tipos buscaban a la mujer que vino con usted. Se llama Payne, ¿no es cierto?

—Eso no le interesa. —Bruce apenas podía disimular su cólera. Buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó algunos billetes, de los que separó tres—. Tenga, otros trescientos dólares. Y no se preocupe: muy pronto dejaremos libre su habitación.

Una sonrisa ampulosa distinguió los gruesos labios de la mujer.

—No hay ninguna prisa, señor Mansfield. Puede confiar plenamente en mi discreción.

Mansfield la miró fríamente a los ojos.

—Eso espero, por su bien —advirtió.

Abandonó la casa y recogió su automóvil, estacionado en un solar próximo.

Condujo sin prisas hacia el sudoeste, carretera a Hoboken, para desviarse hacia Valentine Road.

En un cajón de un armario, Mansfield guardaba un paquetito impermeable, que contenía una libra de heroína refinada.

Redujo la marcha al comprobar que un hombre permanecía ante la cerca verde que rodeaba el pequeño jardín de la villa Mansfield.

Pero se tranquilizó al reconocerle: se trataba de Lionel Freeman, el director del Club de Submarinistas.

En cuanto Bruce bajó del coche, Freeman se aproximó a él.

Estaba pálido y parecía tan nervioso, que Mansfield temió que su amigo fuera a sufrir un ataque de un momento a otro.

—Vamos, Lionel, serénate —dijo tomándole por un brazo y empujando la cancela—. ¿De qué se trata?

Se lo explicó, con voz balbuceante e incoherente.

Freeman venía del hospital, de visitar a Glen Anderson, que yacía en una cama con varias costillas fracturadas y el rostro tan deformado que casi eran irreconocibles sus facciones.

—¿Un accidente, quizá? —preguntó Mansfield, ya dentro de casa, al tiempo que ofrecía a Freeman un vaso de *whisky*.

—Nada de accidentes —respondió Freeman, un poco más sereno—. Tres hombres le aguardaron anoche a la salida del club y le golpearon sin mediar palabra. Luego, le interrogaron. Sabían que Anderson había sacado algo de la dársena, en compañía de otros tres hombres. ¿Cómo lo averiguaron? Lo ignoro. El caso es que aquellos tres salvajes volvieron a golpearle después hasta dejarle

por muerto. Según he sabido por uno de los médicos, Glen hubiera fallecido si alguien no le hubiera recogido y llevado al hospital poco después.

El rostro de Bruce se ensombreció.

—Lo siento, Lionel. Iré a visitar a Anderson, me ocuparé de él...

—Hay algo más. Glen está afligido: temiendo que aquellos matones le asesinasen... confesó cuánto sabía. ¿Sabes lo que eso supone, Bruce? Rabitt y yo estamos ahora en peligro. Antes o después, recibiremos la visita de esos forajidos... porque ninguno de los tres conocemos dónde guardaste el alijo recuperado de la balsa, pero ellos no lo saben. En cuanto a ti... Bueno, tú eres un policía y conoces el riesgo. Por otra parte, gozas de la protección de tus camaradas. Pero nosotros...

Bruce tragó saliva.

Así que Parini conocía ya quién era el responsable del robo de la heroína...

Pero no era esto lo que le preocupaba, sino el hecho de que él no podía dar protección policial a sus amigos, a Rabitt y a Freeman, puesto que ni siquiera estaba de servicio.

En pocos segundos, Mansfield comprendió en su justo valor, el alcance de su loca aventura: había involucrado en el asunto a muchas personas que nada tenían que ver con su ansia de vengarse. Nell, Anderson, Rabitt, Freeman... todos ellos estaban ahora en peligro por su culpa.

Miró a Freeman con pesar.

—No puedo ofreceros protección policial... por ahora. Pero no voy a abandonaros en esta ocasión. Voy a telefonear a Rabitt. Le diré que venga aquí. Tengo un buen refugio para vosotros. Se trata del taller de Marcus Cheaper, un escultor amigo mío, que os dará cobijo por unos días. Luego...

Marcó el número de Rabitt. Tardaban demasiado en descolgar el teléfono al otro lado, y Bruce aguardaba en tensión, con el lógico temor de que el submarinista hubiera recibido la visita de los sicarios de Parini.

Al fin, una voz conocida y temblorosa preguntó:

—¿Sí? ¿Quién es?

—No tienes nada que temer, Tom. Soy Bruce Mansfield.

—¡Bruce! ¡Dios santo, estoy aterrado! Me han llamado del club

para contarme lo ocurrido a Anderson. Me han dicho que Glen está destrozado en el hospital. He pensado que...

—No pienses nada. Sal de casa, toma el autobús y ven a Valentine Row. Te explicaré el resto aquí. Yo te protegeré.

Rabitt dejó escapar un imperceptible suspiro de alivio.

—De acuerdo. Salgo ahora mismo —afirmó.

Cuando se volvió, el corpulento Freeman estaba mirándole con fijeza.

—¿Qué te ocurre, Lionel? Yo diría que tienes alguna Mea entre ceja y ceja —exclamó Mansfield.

—Aciertas —confesó su amigo—. Me pregunto una cosa... ¿Dónde escondiste el alijo?

Bruce tardó en contestar. Parecía muy sorprendido por la pregunta de Freeman.

—¿Para qué quieres saberlo? Si te lo dijera, sólo serviría para perjudicarte —respondió al fin.

Pero Lionel movió la cabeza. No parecía convencido.

—No pienso lo mismo. Si los hombres que agredieron a Glen, pusiesen sus zarpas sobre mí, me gustaría darles una respuesta que les convenciese. ¡Bruce, Bruce, has olvidado que estamos en peligro de muerte! ¿Cuál es exactamente tu juego?

«*El juego de la venganza*», respondió mentalmente Mansfield.

Durante unos días, se había dejado tentar por la codicia. Había imaginado un porvenir fabuloso, arropado por veinte millones de dólares.

Incluso el ferviente deseo de vengarse de Parini había quedado atenuado. Pero la agresión sufrida por Anderson, la consciencia de que había puesto en peligro a tantas personas queridas, le había devuelto el sentido del deber.

Ahora pensaba que *deber* y *venganza* podían conjugarse perfectamente, aunque para ello tuviera que entrar en juego un tercer factor: *la muerte*.

—¿Por qué no respondes? —Freeman se había puesto en pie y aguardaba, impaciente y colérico, su contestación.

—Lamento no poder hablar claramente, Lionel. Pero te juro que me ocuparé de vuestra seguridad personal, que nada desagradable os sucederá —prometió con voz ronca. Y añadió—: ¿Es bastante?

—Creo que sí —suspiró Freeman. Y se sirvió medio vaso de

whisky, que bebió sin respirar.

Tom Rabitt llegó poco después. Estaba tan asustado como Freeman, y apenas podía disimular el temblor de sus manos.

Bruce le explicó sus propósitos en pocas palabras. E inmediatamente los tres hombres abandonaron la villa y subieron al coche de Mansfield.

Durante el largo trayecto hasta el taller del escultor Marcus Cheaper, Bruce no dejó un momento de vigilar la ruta a través del espejo retrovisor.

Ahora, también él estaba asustado.

CAPÍTULO XIII

Las chicas de la señora Groovie habían abandonado el lecho ya, y ocupaban el comedor.

A la una del mediodía zumbó el timbre de la puerta.

Gipsy Turner, una morenita muy graciosa y flexible, asomó su cabeza rizada por la puerta de la cocina.

—Llaman a la puerta, señora Groovie. ¿Quiere que vaya a abrir? —preguntó.

Pero la señora Groovie dejó escapar una maldición muy poco femenina, al sentir sus dedos abrasados por el vapor que brotaba de una de sus enormes cacerolas.

—¡Espera, pequeña y entrometida Gipsy! Iré yo a abrir. ¡Vamos, vuelve al comedor! Serviré ahora mismo el almuerzo —exclamó.

Cruzó el salón con un exagerado y bamboleante movimiento de caderas, y cerró cuidadosamente tras sí la puerta cristalera que aislaba el comedor del vestíbulo.

Atisbo brevemente a través de la mirilla óptica, y en seguida descorrió el cerrojo.

—Pasen, pasen —invitó con un gesto de complicidad.

Eran los dos jóvenes caballeros que la habían visitado aquella misma mañana.

Uno de ellos fue directamente al grano:

—Y bien, señora Groovie, nos dijo que volviéramos más tarde. ¿Qué era lo que tenía que decirnos?

La mujer les miró con expresión ladina.

—Bueno, *ça depend*, como dicen los franceses. ¿Qué recompensa podría yo obtener si les dijera dónde pueden encontrar a Nell Payne? —preguntó.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada entre sí.

—Luego lo sabía, maldita zorra —murmuró el que había hablado antes, conteniendo a duras penas su cólera—. ¿Por qué no

nos lo dijo?

La señora Groovie alzó la redonda barbilla, muy ofendida.

—¡Eh, eh; alto ahí, jovencito! Ésta es mi casa y no permitiré que me insulten. Creo..., creo que me equivoqué. Será mejor que se marchen. Y no se les ocurra golpearme. Mis «chicas» llamarán a la policía en cuanto me oigan gritar.

—Vaya con la condenada profesora de ramera... —rió el otro hombre—. Lo tenía todo previsto, ¿eh? Espere un momento y...

Su compañero le detuvo, poniéndole una mano en el pecho.

—Calma, Bussy. La señora Groovie tiene razón. Naturalmente, pagaremos una cantidad por su información. ¿Qué le parece quinientos dólares?

—Tendrán a la mujer que buscan por mil. Ni uno menos —fue la contrapropuesta de la cáustica señora Groovie.

Su interlocutor sacó la mano del bolsillo, y extrajo un precioso billetero, del que apartó mil dólares.

Antes de que la mujer pudiera poner su mano sobre el dinero, el atlético muchacho exclamó:

—Oh, no. Una última pregunta. ¿Por qué no quiso hablar esta mañana?

La señora Groovie bajó la voz.

—Ella vino con el señor Mansfield, ¿comprenden? Y el señor Mansfield es policía. Conque...

—¿Mansfield, Bruce Mansfield? —preguntó Bussy, ansioso—. Ted, esta soberana estúpida ha conseguido que la pieza más importante huyera. ¡Debería golpearla, condenada bruja!

Pero Ted le hundió el codo en el estómago, y el rostro de Bussy se tornó gris.

—Discúlpele, señora Groovie. Bussy tiene un carácter detestable. Aquí tiene su dinero. Y ahora díganos dónde está Nelly Payne —exigió Ted.

—Está aquí, en la habitación más alejada de la casa —confesó la mujer, mientras se guardaba los billetes en el pecho. Y con un gesto, les invitó a pasar.

Ted la miró con ira, pero se apresuró a seguir a la mujer, y Bussy hizo otro, tanto.

Dentro de su habitación, Nell oyó perfectamente aquel taconeo pesado, netamente masculino. Y se sobresaltó.

Un momento después, sonaban unos quedos golpecitos sobre la puerta. Pero Nell no contestó.

Finalmente, se oyó la voz de la señora Groovie:

—Abra, señorita. Soy yo, la señora Groovie. Tengo que entregarle un mensaje.

El corazón latía fuerte dentro del pecho de la joven.

Aquellos dos hombres podían ser dos policías. Y en aquel caso, nada tendría que temer.

Se acercó a la puerta, contuvo la respiración y por último descorrió el cerrojo muy despacio.

En cuanto hubo abierto la puerta, un puño durísimo la golpeó en pleno rostro con salvaje contundencia.

Nell exhaló un chillido y cayó de espaldas.

—Ahí la tienen —dijo la señora Groovie fríamente. Tras lo cual, se alejó pasillo adelante con la mayor indiferencia.

Bussy y Ted penetraron en la habitación y cerraron la puerta con cerrojo.

Era inconcebible.

Para Robert Parini resultaba increíble que todo su poder y su dinero hubieran conseguido tan pobres resultados a lo largo de más de dos semanas.

Tampoco Hamed Ben Hadi, el marroquí, había obtenido ningún éxito.

¿De qué le servía a Parini, a Ben Hadi, saber ahora que el hombre que les había robado el alijo de heroína era el mismísimo Bruce Mansfield, si sus hombres eran incapaces de encontrarle?

A medida que pasaban las horas, Parini se sentía más y más inquieto.

Ni siquiera las palabras de ánimo de Rolf Hardy o su abogado, el eficiente Lou Remington, servían para calmar su nerviosismo.

—Vamos, Bob —insistía Remington—. Ese Mansfield no puede hacerte el menor daño. Por otra parte, he podido averiguar que está franco de servicio. O, mejor dicho, excluido de él por ahora.

Rolf Hardy se acercó a los dos hombres fumando pausadamente su cigarrillo. A Parini le enervaba la increíble sangre fría del renegado expolicía.

—Remington tiene razón. Es cuestión de razonar, sencillamente. Si los del Board tuviesen el alijo en su poder, nosotros lo

hubiéramos averiguado. Pero no hay nada de eso —dijo.

—Lo que supone que sólo ese maldito Mansfield está en posesión de lo que es mío —rugió Ben Hadi, que se había pasado las primeras horas de la tarde tomando un vaso de ron tras otro, y tenía el rostro brillante y tenso como el parche de un tambor.

—Quizá Mansfield esté dispuesto a llegar a un acuerdo —murmuró Parini, entre clientes.

Como si sus palabras poseyeran la virtud de augurar el porvenir, el mayordomo de Parini, Howard, penetró en el salón.

Traía una bandeja de plata. Y en la bandeja había un paquetito primorosamente lazado.

—Lo ha traído un mozo de mensajerías, señor. Su nombre y su dirección figuran en una tarjeta —anunció Howard.

—Ábrelo, Rolf —ordenó Parini, desconfiado.

Pero el marroquí y Remington se aproximaron, curiosos.

La exclamación que los tres hombres lanzaron al unísono, obligó a Parini a alzar su corpulenta humanidad del sillón que ocupaba.

—¿Qué diablos es? —preguntó, excitado.

Hamed Ben Hadi sopesaba en su mano el paquete de heroína.

—¡Es una libra de heroína refinada! ¡Y juraría que pertenece a mi cargamento! —exclamó, estupefacto.

Parini apartó a Howard con brusquedad y arrebató el paquete al marroquí.

—Hay también una tarjeta —anunció Hardy, imperturbable.

—¡Dámela! —rugió Parini, enfurecido.

La tomó de un manotazo, sin soltar el paquete de heroína.

Y leyó:

«Señor Parini:

»El resto de los paquetitos está bien guardado en un lugar donde jamás lo encontraría. Si quiere negociar la devolución del alijo, me encontrará en el 80 de Valentine Row, a partir de las diez de la noche.

»Bruce Mansfield».

Parini expulsó el aire contenido en sus pulmones con un estertor de animal.

—¡Hardy! —rugió, furioso—. Dijiste que Mansfield no estaba en

la villa de Valentine Row. Pero esta tarjeta dice algo muy sustancioso.

Hardy la tomó entre los dedos índice y medio y le dirigió un vistazo.

—Registramos la casa, y comprobamos que estaba vacía. No parecía habitada e incluso el frigorífico y el resto de la cocina estaban vacíos de provisiones —se disculpó el expolicía.

—¡Está bien, está bien! Mansfield me cita en su casa, eso es todo. No hay duda de que tiene el alijo en su poder, puesto que Ben Hadi ha reconocido este paquete —pronunció cuidadosamente Parini—. ¿Y bien? ¿Qué tienen que decir respecto al mensaje de Mansfield?

—No sé... —murmuró Hardy, lleno de dudas—. Pudiera tratarse de una trampa. ¿Y si los

G-Men

penetrasen en la casa cuando nos encontrásemos allí?

—Sería muy difícil convencer a los federales de que sólo fuimos a pasar un rato en compañía de Mansfield —estuvo de acuerdo el abogado Remington.

—Si usted no va, Parini, iré yo —exclamó el marroquí, convencido.

—¿Qué hora es? —preguntó Parini, con un brillo ansioso en su mirada.

—Las cuatro diez de la tarde —informó Hardy, con su acostumbrada precisión.

—Usted ha alquilado a algunos pistoleros, Ben Hadi. Corra a Valentine Row con sus hombres y vigile discretamente la casa de Mansfield. Espero que sepa lo que hace: no permitiré que negocie por su cuenta con ese

G-Man.

—Sé lo que me conviene hacer —admitió el marroquí—. Bien, ¿qué se propone exactamente?

—Iré a ver a Mansfield poco antes de las diez... si los

G-Men

no están metidos en el asunto. Remington, necesitamos algún dinero. Pongamos... quinientos mil dólares. Es necesario impresionar a Mansfield, aunque finalmente le fulminemos. ¡Vamos! ¿Qué esperan? ¡Cada uno debe partir ahora mismo a

cumplir con su cometido!

Remington y Ben Hadi se apresuraron a abandonar la mansión Parini.

Entonces Rolf se volvió hacia su patrón:

—¿Qué haré yo, entretanto? Ted y Bussy han regresado ya. Podríamos...

—No te impacientes ahora, Rolf. Daremos tiempo al marroquí para que tome posiciones en los alrededores de Valentine Row. Tú y tus chicos iréis después. A vuestra vez, vigilaréis a Ben Hadi. No me gustaría que ese moreno me jugase una mala pasada. Siempre he oído decir que no puede uno fiarse de los árabes...

CAPÍTULO XIV

Bruce se dejó caer sobre el diván, y hundió el rostro entre las manos. El viejo reloj de pared de Josua Mansfield señalaba las nueve y media de la noche.

Se sentía sobre ascuas. Durante todo el día, había estado esperando una llamada de Nell, pero el teléfono no había sonado.

Sacó un paquete de cigarrillos, encendió uno y chupó varias veces. Tras lo cual, aplastó el cigarrillo sobre el cenicero.

Alguien oprimió el timbre de la puerta en aquel momento.

¿Eran ellos?

Fue hacia el vestíbulo despacio, haciendo un esfuerzo por frenar sus piernas. Y abrió la puerta.

Lo que vio le dejó helado de espanto: apoyada sobre el dintel de la puerta, estaba Nell.

Su rostro estaba monstruosamente hinchado, y por debajo de su ligero abrigo de verano se veía el jersey manchado de sangre.

—¡Nell! —gritó, sin poder contenerse—. ¿Qué..., qué ha ocurrido?

Ella se arrojó en sus brazos, esforzándose en ocultarle sus hinchadas facciones.

—Fueron dos jovencitos encantadores —murmuró ella con voz cansada, mientras Bruce la arrastraba hacia dentro—. La señora Groovie les dejó entrar, y también les guió hasta mi habitación. Querían saber dónde... estabas tú. Pero no se lo dije. Y luego...

Un gemido entrecortado brotó de entre sus labios partidos, cuando Mansfield la dejó suavemente sobre un sillón.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró Bruce, demudado—. Creo que nada de lo que me propuse valía la pena.

Había dejado la puerta abierta. Ya se disponía a cerrarla, cuando en el vestíbulo aparecieron aquellos dos atléticos mocetones llamados Bussy y Ted.

Ambos empuñaban pistolas ametralladoras, y parecían muy dispuestos a utilizarlas si era necesario.

—Adentro —gruñó Bussy, moviendo el cañón de su arma hacia el interior.

Detrás de ellos penetraron Rolf Hardy, el abogado Remington y Robert Parini. Ted cerró la puerta, y la aseguró con el cerrojo.

En el salón, Parini indicó:

—Cachéale, Rolf. Y vosotros, registrad la casa.

Rolf llegó a Bruce por la espalda, y le cacheó velozmente, mientras Parini y el abogado se sentaban tranquilamente. Nell yacía sobre su sillón.

—Está *limpio* —dijo Hardy. Y añadió—: Puede volverse. Mansfield.

Ted y Bussy se reintegraron al salón: tampoco habían hallado nada interesante.

—Bien, Mansfield —dijo entonces Parini—. Negociemos. ¿Cuánto quiere por el alijo?

Bruce elevó sus ojos hacia la fusta colgada sobre la chimenea. Y respondió apaciblemente:

—Antes de contestar, permítame un pequeño desquite, señor Parini.

Súbitamente, elevó la mano y tomó la fusta. La flexible arma alcanzó a Parini en el rostro, dejándole una horrorosa marca, desde la sien al mentón.

Parini cayó al suelo, y Mansfield siguió golpeándole rápida y tenazmente en el rostro y en la cabeza.

Bussy alzó su metralleta y se dispuso a disparar, pero Hardy arrojó el arma lejos, de una tremenda patada, que obligó a chillar al joven.

—Aún no, Bussy —explicó sin ira. Y permitió que Mansfield siguiera golpeando a Parini durante algunos segundos más. Porque ver a su patrón retorciéndose en el suelo, producía a Hardy un extraño y morboso placer.

Finalmente, saltó sobre el policía y le abatió de un golpe en la nuca.

Entre él mismo y Ted arrastraron a Bruce, y le dejaron caer sobre una silla, muy cerca de la infeliz Nell Payne.

Parini se alzó del suelo, gimiendo. Tenía el rostro hinchado, y

arrojaba abundante sangre por los oídos, por boca y nariz.

—¿Por qué no le has matado? —bramó, mirando a Hardy.

—¿Antes de que nos diga dónde tiene el alijo? —respondió Rolf, irónico.

Parini se dejó caer sobre un sillón. Remington asistía, muy pálido, a la escena.

—Antes o después, mataré a Mansfield. ¡Le mataré... como hice con su familia...! —murmuró, rencoroso, el gángster.

Bruce alzó la cabeza.

—Al fin lo confiesa, Parini... —dijo, satisfecho—. Al fin confiesa que es un asesino sin escrúpulos.

—¿Qué interesa eso ahora? —exclamó el gángster, cínico, retirando el pañuelo—. La idea no fue mía, sino de Hardy. Es muy inteligente.

—No sabes lo que dices, Bob —le interrumpió Hardy—. Es cierto que la idea fue mía, pero tú diste la orden. Fuiste tú quien asesinó a la familia Mansfield, no yo.

Había hablado a gritos y Remington se agitó, inquieto.

—¡Por favor, por favor! —suplicó, aterrado—. No es necesario hablar de esas cosas. Vinimos aquí para llegar a un acuerdo con Mansfield. Se trata de negociar. Y cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Rolf se volvió hacia Bruce.

—Remington tiene razón, Mansfield. Hemos traído algún dinero. ¿Cuánto quiere a cambio del alijo? —preguntó.

Antes de que Bruce contestara, Hardy se acercó a Remington y tomó de sus manos la cartera negra que había traído el abogado.

Con un gesto magnífico abrió el cierre y arrojó su contenido a los pies de Mansfield.

Los fajos de crujientes billetes se desparramaron sobre el suelo.

—¡Cójalos, Mansfield! —gritó Parini, excitado—. Hay medio millón de dólares. Buenos billetes, de curso legal. Cuando tenga el alijo en mi poder, le daré otros quinientos mil.

Pero Mansfield lanzó una carcajada irónica.

—No me dará otro medio millón, Parini. Me regalará un ataúd de pino: es su estilo. Pero todo eso no importa —respondió.

Sin dejar de apretarse el pañuelo sobre sus destrozados labios, el gángster se incorporó y avanzó hacia el policía.

—¡Está loco, Mansfield! —exclamó, despreciativo—. ¿Es posible que no le interese el dinero?

—Así es. —Bruce se inclinó rápidamente sobre los fajos, tomó un puñado y los arrojó contra el rostro de Parini, que retrocedió de un salto, despavorido.

Ted y Bussy —el último había recuperado ya su pistola ametralladora— se agitaron, inquietos.

—¿Cómo se lo permite? —Gruñó Ted—. Déjenoslo a nosotros, y nos encargaremos de...

—Calla, estúpido —le cortó Hardy, sin pizca de amabilidad.

Y se volvió hacia Mansfield.

—¿Quiere decir que no va a decirnos dónde guardó el alijo? —preguntó, rabioso.

—¿Por qué no iba a decírselo? Van a saberlo ahora mismo: cuando regresé de Atlantic City, llevé el camión a la imprenta Grover & Travis,

compré cincuenta cajas de cartón y empaqueté cuidadosamente la heroína. Puse unas etiquetas con el nombre de Robert Parini, y robé en la oficina algunos albaranes.

Parini, Remington y Hardy le escuchaban, incrédulos.

—Déjeme que siga adivinando el resto —dijo Hardy, admirado a su pesar—. Después condujo el camión cargado con las cajas al almacén de la Radial Publishers Co., en Manhattan, y entregó el cargamento al encargado del almacén. ¿Es así?

—Acierta —admitió Mansfield—. Rellené el albarán. Según aquel documento, las cajas contenían doscientos mil folletos turísticos, a distribuir por la Radial a partir del primer día del próximo mes...

—¡Fabuloso! —alabó Hardy, con sinceridad—. Era el mejor sistema para evitar que nosotros encontrásemos el alijo. ¡Aunque me lo hubieran jurado, jamás hubiera creído que la heroína se encontraba en el almacén de la Radial!

—Exactamente —respondió Bruce. Y añadió—: Parini tenía razón: es usted un canalla muy inteligente, Hardy.

Parini se había alejado lentamente. Y, de repente, se volvió y apuntó con un dedo extendido a Mansfield.

—¡Le creo, Mansfield! Y puesto que sabemos dónde está el alijo... ¡Matadle! —rugió.

Bruce rompió a reír, en una carcajada interminable.

Inmóviles por la sorpresa, ni Ted, ni Bussy, ni siquiera Hardy, fueron capaces de reaccionar.

—¿Por qué ríe ahora? —preguntó Hardy, atónito.

Mansfield contuvo su risa con un esfuerzo, y le miró.

—Sencillamente: hace una hora que los

G-Men

del Board of Narcotics han retirado el alijo del almacén de Manhattan, ante la presencia del fiscal especial y de docenas de periodistas... ¡Está perdido, Parini! ¡Sólo usted es responsable de los géneros que se almacenaban allí! ¡No podrá escapar de ésta!

Parini se fechó a temblar. Y luego gimió desgarradamente:

—¿Qué esperáis para matarle?

Bussy elevó su metralleta. Y Hardy se apartó de un salto.

—¡No! —gritó Nell, alzándose de su silla y lanzándose sobre Mansfield en un desesperado intento de salvarle de las balas.

Bussy apretó el gatillo, y las balas zumbaron, rabiosas.

Nell exhaló un gemido y su cuerpo se tronchó. Mansfield, palidísimo, se inclinó sobre ella y vio la gran mancha escarlata que se ensanchaba rápidamente sobre su pecho.

Una bala le rozó el parietal, y su vista se nubló.

Bruscamente, algunos hombres comenzaron a salir por el pasillo que comunicaba con las habitaciones interiores.

Bussy, Ted y Hardy se volvieron, sorprendidos. Y el chorro de balas de los hombres del Board les derribó espectacularmente contra el muro.

Remington y Parini alzaron lentamente las manos.

Entre los

G-Men

se abrió paso Harold Drummer, que corrió hacia el grupo formado por los cuerpos de Bruce Mansfield y Nell Payne, y se inclinó sobre ellos.

—¡Aprisa! —gritó, incorporándose—. Sáquenles de aquí y llévenles a la ambulancia.

Los

G-Men

tuvieron que abrir las ventanas para que el humo de la pólvora permitiese la respiración.

Parini, cuyo rostro sé había ido hinchando progresivamente, estaba esposado, junto a Lou Remington.

Drumber le contempló críticamente unos segundos, y dijo:

—El rey de la vida y de la muerte... Nada le salvará de pasar en prisión el resto de sus días.

Parini se volvió hacia su abogado, y chilló:

—¡Haz algo de una maldita vez, Lou! ¡Tú eres abogado!

Pero comprendiendo que había dicho la más grande estupidez de toda su vida, rompió a reír estrepitosamente.

Cuando los

G-Men

los sacaron de la casa, Parini murmuraba entre dientes:

—No lo comprendo. Ben Hadi aseguró que nadie penetró en esta casa. Ted y Bussy la registraron escrupulosamente y no hallaron a nadie. ¿Cómo, entonces, estaban dentro los policías?

Drumber, que caminaba en pos de los dos detenidos, respondió:

—Es fácil: Mansfield nos avisó a mediodía. Llegamos a esta casa y nos ocultamos en el desván. En verdad, no hay escalera que lleve allá arriba, sino sólo una trampilla en el techo de la cocina. Cuando comprobamos que sus pistoleros habían registrado la casa, descendimos por una escala de cuerdas y ocupamos todas las habitaciones de la casa. Por otra parte, todo cuanto se dijo en el salón está grabado en cinta magnetofónica. Mansfield tuvo la idea: ocultó el magnetófono en la chimenea. ¿Satisfecho?

Pero tanto Remington como Parini se sumieron en un total mutismo. Unidos por los grilletes de acero, subieron a una furgoneta celular.

Dentro, les aguardaban Hamed Ben Hadi y sus pistoleros.

CAPÍTULO XV

Mansfield abrió lentamente los ojos.

Vio un pedazo de cielo azul a través de la ventana, oyó el gorjeo de los pájaros y también el sonido lejano de una bocina.

Y comprendió que estaba vivo.

Dijo:

—No valía la pena; nada valía la pena.

Nell Payne se había convertido para él en una sombra, en un espectro más. Recordaba, como en un vívido destello, su pecho ensangrentado y su rictus de mortal angustia.

Nell había muerto. Y a Mansfield no le quedaba ya ningún gas.

Entró un médico, tal vez un siglo después. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, de cabellos plateados y expresión amable.

El doctor le tomó el pulso, le auscultó y sonrió. Luego, le hizo algunas preguntas. Pero Bruce no contestó... ¿Para qué?

Luego el médico se fue. La puerta volvió a abrirse, y una enfermera penetró de espaldas.

Parecía tirar de una silla de ruedas hacia el centro de la habitación.

La enfermera, a continuación, hizo girar la silla de ruedas.

Y Bruce vio a Nell, con las mejillas pálidas, sí... ¡pero viva!

Y se incorporó de un salto, bajó de la cama y tomó sus manos y las besó, enloquecido.

La puerta se abrió silenciosamente. Desde allí, el anciano doctor sonrió. Y se marchó, satisfecho.

Bruce Mansfield hundió su rostro en los cabellos de Nell, aspiró profundamente y murmuró, emocionado:

—Sí, valía la pena seguir viviendo.

FIN

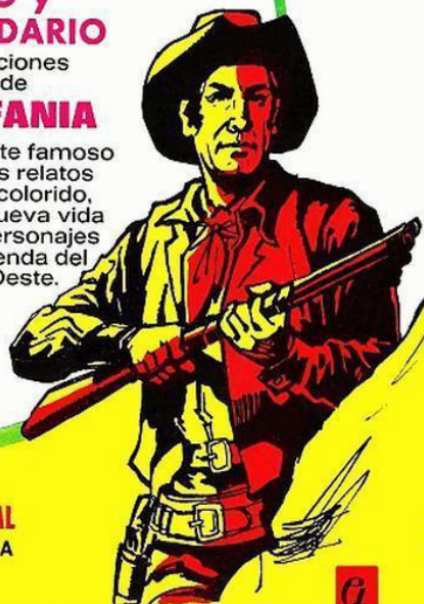
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

NOTAS

[1] Departamentos de Narcóticos, organismo policial, encargado de la represión del tráfico de estupefacientes. < <

[2] Suburbio de Nueva York, habitado por italianos o sus descendientes, en su mayoría. < <

[3] El sistema de desratización a que se refiere el autor puede describirse así: la construcción a desratizar se cubre por completo con una lona impermeabilizada, que no deja resquicios. A continuación, se insufla dentro de la casa gas letal a presión. El gas penetra en todos los agujeros de sótanos, alcantarillas, etc., y extermina muy eficazmente a los roedores. < <